

LA TRASCENDENCIA COMO VALOR, EXPERIENCIA Y FINALIDAD EDUCATIVA

TRANSCENDENCE AS VALUE, EXPERIENCE AND EDUCATIONAL PURPOSE

Ernesto Jesús Brotóns Tena

Centro Regional de Estudios Teológicos de Aragón
Zaragoza, España

Resumen: El mundo necesita una auténtica y valiente «revolución cultural». Esta pasa por una educación competente y fecunda en humanidad, humana y humanizadora, generadora de fraternidad. De ahí la apuesta del papa Francisco por un pacto educativo global, en aras de una humanidad más fraterna y solidaria. Como educadores, tal llamada nos desinstala, provoca e interroga de forma directa sobre nuestra identidad, vocación y misión, y, concretamente, sobre nuestro modo de comprender la existencia y nuestra existencia, sobre nuestro modo de entender lo humano y al ser humano. El arte de educar nos sitúa ante ese hermoso «misterio» que es cada persona, apertura para la trascendencia, ser para el encuentro. Este es el horizonte y objeto de la presente reflexión. El autor nos propone adentrarnos en este misterio y en el Misterio fundante de Amor con mayúscula que lo sostiene. Es aquí donde se vislumbra el «qué» y el «porqué» de nuestra labor educativa, condiciones básicas para poder hablar después de un «cómo». Nos acerca a los fundamentos y claves de un modo de educar que no solo quiere abrir el corazón a la trascendencia, sino que, en sí mismo, es ya un ejercicio y experiencia de trascendencia.

Palabras clave: Educación, Trascendencia, Pacto educativo global, Persona

Abstract: The world needs an authentic and courageous "cultural revolution". This involves a competent and fruitful education in humanity, with human perspective, humanizing and generating fraternity. Hence, there is a Pope Francis' commitment to a global educational pact, for the sake of a more fraternal and supportive humanity. As educators, such a call unsettles us, provokes and questions us directly about our identity, vocation and mission, and, specifically, about our way of understanding existence and our existence. This is a question about our way of understanding humanity and the human being. The art of educating places us before that beautiful "mystery" that is each person, openness to transcendence, and being for encounter. This is the horizon and object of the present reflection. The author proposes us to enter into this mystery and into the founding Mystery of Love with a capital letter that sustains it. This is where the "what" and "why" of our educational work can glimpse. This is basic conditions after that to be able to talk about "how" in education. It brings us closer to the foundations, and in effect to the key aspects of a way of educating that it does not only want to open the heart to transcendence, but in itself, it is already an exercise and experience of transcendence.

Key Words: Education, Transcendence, Global Educational Pact, Person.

1 Artesanos de una «revolución»

El mundo necesita una auténtica y valiente «revolución cultural». Nuestra reflexión parte de esta firme convicción del papa Francisco, expresada hace cinco años en su encíclica social *Laudato si*¹, y recogida en la constitución apostólica *Veritatis gaudium*, sobre las universidades y facultades eclesísticas. Sin duda, supone una verdadera «pro-vocación» al mundo de la educación, de la docencia y de la investigación². Nos desinstala.

Vivimos, advierte el papa, no solo una época de cambios sino un verdadero cambio de época, en el que, sin negar sus luces, cada día encontramos más señales de alarma, preocupantes síntomas de un punto de quiebre, que se manifiesta en las distintas crisis que estamos padeciendo, ya sea de tipo antropológico³, socioambiental, económico, o, incluso, sanitario, en el momento de pandemia que padecemos. No resulta ajeno a estas crisis un determinado paradigma de progreso y comprensión de la vida, de corte eminentemente tecnocrático y economicista, que niega al hombre a sí mismo al invisibilizar dimensiones esenciales de la persona y de la existencia. Como rezan muchos eslóganes en estos días de confinamiento a escala mundial, el problema no es cómo y cuándo volver a la normalidad, sino la misma «normalidad», en la cual cada vez nos resulta más difícil detenernos para recuperar la profundidad de la vida y esa comunión con lo creado que nos saca y libera de nuestra autorreferencialidad.

Mas toda crisis supone una oportunidad. La vida es más grande que los propios clichés en los que pretendemos encorsetarla y, por ello, reclama algo nuevo⁴. La actual que padecemos constituye una ocasión para «redefinir el progreso» y «cambiar el modelo de desarrollo global», para recuperar la pregunta por los fines y el sentido, para promover un humanismo nuevo, fraterno y solidario. El problema, reconoce Francisco, es que “no disponemos todavía

¹ Cf. Francisco, Carta enc. *Laudato si* (24 mayo 2015), 114. A partir de esta exhortación, retomo y reelaboro en este artículo reflexiones pasadas: E. Brotóns, ‘La Trascendencia como valor y finalidad educativa’: *Revista Aragonesa de Teología* 25 (2007) 43-56; Id., ‘Estudio solidario’: *Escuela y utopía* 111 (2008) separata; Id., ‘Jóvenes, felicidad, vocación’: *Formación Permanente OAR* 4 (2018), en <https://cutt.ly/kyjr4MU> [03/05/20]. He tenido para ello muy presente el magisterio al respecto del papa Francisco (también su pensamiento en su etapa de arzobispo de Buenos Aires), así como los últimos trabajos de la Congregación para la Educación Católica.

² Cf. Francisco, Const. ap. *Veritatis gaudium* (8 diciembre 2017), proem. 3.

³ Cf. Francisco, Exh. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 55.

⁴ Cf. Francisco, *Videomensaje con ocasión del ciberencuentro mundial organizado por la Fundación «Scholas ocurrentes»* (5 de junio de 2020).

de la cultura necesaria para enfrentar esta crisis y hace falta construir liderazgos que marquen caminos”⁵. De ahí, la necesidad de un compromiso generoso y convergente en el ámbito de la educación y de la investigación, que conduzca hacia un revolucionario cambio de paradigma. Esta impostergable tarea incumbe de lleno, entre otras instancias educativas, a la escuela y, de forma especial, a la universidad católica. Ambas están llamadas a aportar a esta «revolución» la decisiva levadura del Evangelio y de la Tradición viva de la Iglesia, abierta siempre a nuevos escenarios, propuestas y horizontes⁶.

Las palabras del papa dotan de nueva actualidad a lo dicho ya por el Concilio en los nn. 57-62 de *Gaudium et spes*, acerca de la promoción de la cultura, y, más explícitamente, en lo expuesto por la declaración *Gravissimum educationis*, sobre la educación cristiana de los jóvenes. Dicha declaración nos introduce en lo que Benedicto XVI llamaría más tarde «emergencia educativa», a tenor de las dificultades actuales para establecer unas relaciones educativas auténticas, que ayuden a niños y jóvenes a crecer y madurar como personas sólidas, capaces de colaborar con los demás y de dotar a su vida y a la vida de sentido (cf. *GE* proem.)⁷. Partiendo del derecho universal a la educación, consecuencia de la inviolable dignidad de toda persona humana, los padres conciliares vincularon íntimamente la educación, que habría de ser integral, con el sentido de la vida y el fin último del hombre, así como con las relaciones nuevas, más humanas, fraternas y justas, que brotan del Evangelio y posibilitan la construcción, entre todos, de un mundo mejor (cf. *GE* 1; *GS* 59-62). En este horizonte, el Concilio apela al derecho de niños y jóvenes a una educación en valores y a que se les estimule a conocer y amar más a Dios (cf. *GE* 1). Ello les ayudará a tomar conciencia de su identidad y vocación más propios y a dar testimonio de esperanza y amor para bien de la sociedad en la que les ha tocado vivir (cf. *GE* 2).

En la misma línea, veinticinco años después, se situaba la constitución apostólica *Ex corde Ecclesiae*, de san Juan Pablo II, sobre las universidades católicas. En la universidad se

⁵ Francisco, Const. ap. *Veritatis gaudium* (8 diciembre 2017), proem. 3; Id. Carta enc. *Laudato si* (24 mayo 2015), 53.

⁶ Cf. Francisco, Const. ap. *Veritatis gaudium* (8 diciembre 2017), proem. 3; Id. Carta enc. *Laudato si* (24 mayo 2015), 53, 113-114; Id., *Videomensaje con ocasión del ciberencuentro mundial organizado por la Fundación «Scholas ocurrentes»* (5 de junio de 2020).

⁷ Cf. Benedicto XVI, *Mensaje a la diócesis de Roma sobre la tarea urgente de la educación* (21 enero 2008); J. L. Brugués, ‘La educación según el Vaticano II. Intervención en el XX curso de DSI de la Fundación Pablo VI (10-12 septiembre 2012)’, en <https://cutt.ly/IyhZxf7> [02/05/2020]. Para simplificar el aparato crítico, cito las referencias de los documentos conciliares con su abreviatura insertas en el texto.

conjuga el amor por el saber y el agustiniano «gaudium de veritate», el gozo de buscar la verdad, de descubrirla y de comunicarla en todos los campos del conocimiento, seguros, por otra parte, de quién es su fuente⁸. La causa de la verdad está muy cerca de la causa de lo humano, de su significado y fin último. Desde aquí, la universidad se constituye en servidora de la humanidad y de la sociedad, en servidora del saber y de la verdad⁹.

Convencido de que la tan necesaria revolución cultural pasa por la educación, el pasado 12 de septiembre de 2019, el papa convocó a un encuentro en Roma a los jóvenes y a todos los que, de diversas maneras y en todos los niveles, intervienen en este campo, para firmar un compromiso común en aras de un pacto educativo global, una alianza educativa, inter y transdisciplinaria, integral e inclusiva, para una humanidad más fraterna y solidaria¹⁰. Todo cambio, como el de época que estamos viviendo, advierte el papa, pide un camino educativo; mas, si, como reza un proverbio africano, para educar a un niño hace falta toda una aldea, es necesario constituir, previamente, «esta aldea» y hacerlo sobre la base de un nuevo humanismo. Es hora de apostar, en la educación, por generar una red de relaciones humanas y abiertas, que, superando fragmentaciones y fronteras, converjan en la valentía de poner a la persona en el centro, sin descartes ni exclusiones, en la apertura al otro y en el coraje de generar proyectos nuevos, humanos y humanizadores, que formen personas capaces de hacer de su vida «servicio», entrega, y don a la comunidad y al bien común¹¹.

⁸ Cf. Juan Pablo II, Const. ap. *Ex corde Ecclesiae* (15 agosto 1990), 1.

⁹ Cf. Juan Pablo II, Const. ap. *Ex corde Ecclesiae* (15 agosto 1990), 2-4.

¹⁰ Cf. Francisco, *Mensaje para el lanzamiento del pacto educativo* (12 septiembre 2019); Id., *Discurso. Asamblea plenaria de la Congregación para la Educación Católica* (20 febrero 2020). El encuentro, previsto inicialmente para el 14 de mayo de 2020, fue pospuesto al 15 de octubre, a causa de la crisis sanitaria provocada por la Covid-19. En un acto celebrado virtualmente en el aula magna de la Pontificia Lateranense, bajo el lema "Global Compact on Education. Together to look beyond", el papa exhortó a adherirse al pacto, más urgente hoy si cabe ante la «catástrofe educativa» provocada por la pandemia, y recordó los compromisos que de forma personal y conjunta se estaban asumiendo: poner en el centro de todo proceso educativo a la persona, su valor, su dignidad; escuchar la voz de los niños, adolescentes y jóvenes para construir juntos un futuro de justicia y de paz; fomentar su participación y recuperar el protagonismo en la educación de la familia, primera educadora; educar y educarnos para acoger, especialmente a los más vulnerables y marginados; estudiar nuevas formas de entender la economía, la política, el crecimiento y el progreso, al servicio del hombre y de toda la familia humana; salvaguardar y cultivar nuestra casa común. En definitiva, todo se resume en «humanizar», crear fraternidad educando, educar para crear fraternidad. Cf. Francisco, *Vídeo mensaje con ocasión del encuentro: "Global Compact on Education. Together to look beyond"* (15 octubre 2020).

¹¹ Cf. Francisco, *Mensaje para el lanzamiento del pacto educativo* (12 septiembre 2019); Id., *Vídeo mensaje con ocasión del encuentro: "Global Compact on Education. Together to look beyond"* (15 octubre 2020). La idea del pacto educativo en el pensamiento de Francisco no es nueva. La encontramos ya en su etapa de arzobispo de Buenos Aires. Puede cf. su *Homilía en la Misa por la Educación* (27 abril 2006), donde habla de la necesidad de crear y recrear un pacto educativo global de amor, un verdadero pacto de amor que ponga a los chicos en el centro, con su vida a cuestas, sin temor a ensuciarse las manos con ellos. En el *Mensaje de clausura*

Esta apuesta supone, por una parte, una verdadera conversión personal, también comunitaria y social, que nos conduzca a repensar nuestros modos de entender la economía, la política, el progreso y la propia humanidad¹². La experiencia nos recuerda día tras día que resulta complicado formar y despertar «personas», si a nuestro alrededor no existe un mínimo proyecto concorde de humanidad¹³. La educación, sirva el ejemplo, puede ayudarnos a construir una sociedad más solidaria y menos violenta, pero es verdaderamente difícil educar para la paz y para la solidaridad en un entorno agresivo y egoísta. La escuela sufre aún más esta contradicción cuando las familias, la sociedad o las grandes instituciones públicas, morales y políticas desisten de su misión educadora, delegando en ella tal función, como si en unas horas fuera posible dar la vuelta a la lógica imperante afuera¹⁴. Aun así, debemos reconocer con gratitud, se operan muchos milagros.

Mas el mundo no cambiará si no cambiamos la educación¹⁵. La llamada a ser artesanos de esta verdadera «revolución cultural» sitúa también al mundo de la educación en un verdadero proceso de conversión. Humanizar nuestra sociedad y responder a ese individualismo invasivo, que hace a los humanos pobres y culturalmente estériles, pasa, en palabras del papa Francisco, por “humanizar la educación”¹⁶, por una educación que sea verdaderamente

del Congreso mundial educativo de «Scholas occurrentes» (5 febrero 2015) aludió expresamente al pacto educativo que se da entre la familia, la escuela, la patria y la cultura. Este pacto, decía, se ha roto y es necesario rehacerlo armónicamente.

¹² En esta línea, el papa habla de «convertir el pensamiento», además «de las obras y los sentimientos». No se trata solo de lo que pensamos, sino también de cómo y desde dónde pensamos. Ello nos obligará a discernir cuándo pensamos con el espíritu del mundo y cuándo, con el espíritu de Dios». Cf. Francisco, *Meditaciones diarias* (5 marzo 2018). Sobre la relación entre esta conversión y la educación, puede cf. A. V. Zani, ‘El magisterio actual de la Iglesia sobre la educación: el papa Francisco’, 3-5, en <https://cutt.ly/byM5E9E> [08/06/20].

¹³ Cf. O. González de Cardedal, *Educación y educadores. El primer problema moral de Europa*, Madrid 2004, 51.

¹⁴ Cf. O. González de Cardedal, *Educación y educadores...*, 22; Francisco, *Mensaje en la clausura del Congreso mundial educativo de «Scholas occurrentes»* (5 febrero 2015).

¹⁵ Cf. Francisco, *Mensaje en la clausura del Congreso mundial educativo de «Scholas occurrentes»* (5 febrero 2015). En una línea similar se había manifestado la UNESCO a finales del pasado siglo. “Por consiguiente, y dado que tiene que hacer frente a imponentes desafíos, la propia educación superior ha de emprender la transformación y la renovación más radicales que jamás haya tenido por delante, de forma que la sociedad contemporánea, que en la actualidad vive una profunda crisis de valores, pueda trascender las consideraciones meramente económicas y asumir dimensiones de moralidad y espiritualidad más arraigadas [...] La solución de los problemas que se plantean al respecto en los albores del siglo XXI estará determinada por la amplitud de miras de la sociedad del futuro y por la función que se asigne a la educación en general y a la educación superior en particular”. UNESCO, *Conferencia Mundial sobre la educación superior. Declaración mundial sobre la educación superior en el siglo XXI. Visión y acción* (9 octubre 1998), preámbulo.

¹⁶ Cf. Francisco, *Discurso a los participantes en la plenaria de la Congregación para la Educación Católica* (9 febrero 2017); Id., Congregación para Educación Católica, *Educación al humanismo solidario. Para construir una «civilización del amor». 50 años después de la Populorum progressio. Lineamenta* (16 abril 2017), 7-10.

humana y humanizadora, semilla y principio de fraternidad¹⁷, con la audacia y la capacidad necesaria para recrear el tejido de las relaciones humanas y sociales¹⁸. Está en juego el significado del hombre, como ya había advertido san Juan Pablo II, a propósito de esa continua renovación que ha de caracterizar a la universidad católica¹⁹. Está en juego un futuro más fraterno y justo.

Como educadores, tal llamada nos interroga de forma directa sobre nuestra identidad, vocación y misión, y, concretamente, sobre nuestro modo de comprender la existencia y nuestra existencia, sobre nuestro modo de entender lo humano y al ser humano. *Laudato si* nos recuerda que “la educación será ineficaz y sus esfuerzos serán estériles si no procura también difundir un nuevo paradigma acerca del ser humano, la vida, la sociedad y la relación con la naturaleza. De otro modo, seguirá avanzando el paradigma consumista que se transmite por los medios de comunicación y a través de los eficaces engranajes del mercado”²⁰.

Este es el horizonte y objeto de nuestra reflexión. Ya a principios del siglo XIX, en su obra *La educación del niño. Metodología de la enseñanza*, el filósofo y pedagogo austriaco R. Steiner advirtió: “solo podemos educar y enseñar si comprendemos lo que ha de ser objeto de nuestra actividad formadora, así como el pintor solo puede pintar si conoce la naturaleza y esencia del color y el escultor solo puede esculpir si conoce la naturaleza de su material. Lo que es valedero para las demás artes que trabajan con materiales exteriores ¿cómo no va a serlo para el arte que trabaja con el material más noble que se nos puede ofrecer, esto es, el ser humano, su devenir y su desarrollo?”²¹. No podemos negar el valor de su intuición. El

¹⁷ “Una educación humanizada no se limita a ofrecer un servicio formativo, sino que se ocupa de los resultados del mismo en el contexto general de las aptitudes personales, morales y sociales de los participantes en el proceso educativo. No solicita simplemente al docente enseñar y a los estudiantes aprender, más bien impulsa a todos a vivir, estudiar y actuar en relación con las razones del humanismo solidario. No programa espacios de división y contraposición, al contrario, ofrece lugares de encuentro y de confrontación para crear proyectos educativos válidos. Se trata de una educación —al mismo tiempo— sólida y abierta, que rompe los muros de la exclusividad, promoviendo la riqueza y la diversidad de los talentos individuales y extendiendo el perímetro de la propia aula en cada sector de la experiencia social, donde la educación puede generar solidaridad, comunión y conduce a compartir” (Congregación para Educación Católica, *Educación al humanismo solidario. Para construir una «civilización del amor»*. 50 años después de la Populorum progressio. Lineamenta [16 abril 2017], 10).

¹⁸ Cf. Francisco, *Vídeo mensaje con ocasión del encuentro: “Global Compact on Education. Together to look beyond”* (15 octubre 2020).

¹⁹ Cf. Juan Pablo II, Const. ap. *Ex corde Ecclesiae* (15 agosto 1990), 7.

²⁰ Francisco, Carta enc. *Laudato si* (24 mayo 2015), 215.

²¹ Citado por S. Pereira, *El arte de educar en familia*, Madrid 2001, 11.

arte de educar, verdadera labor artesanal, como describe Steiner, pasa por redescubrir al hombre. Reflexionar sobre el verdadero sentido de la educación nos sitúa ante ese «misterio» (imagen preferible a la del «material») que es el ser humano. La universidad, la escuela, como cualquier otra instancia verdaderamente educativa, es y está llamada a ser siempre “la casa donde se busca la verdad propia de la persona”²². Así nos lo recordó Benedicto XVI en su encuentro con los jóvenes profesores universitarios en el Escorial, con motivo de la Jornada Mundial de la Juventud. En consecuencia, todo educador, al inicio de su tarea, deberá enfrentarse inexorablemente con la pregunta por el ser y el sentido de la existencia. Ello le obligará también a confrontarse consigo mismo, pues, no nos engañemos, no existe educación neutra. Educamos «desde» y «en» un modo de comprender la vida, la persona, la sociedad, Dios. Educamos desde el sentido que le damos a nuestra propia existencia, porque educar nos implica vitalmente. Es entonces cuando el educador se convierte en «testigo». Ser conscientes de este «desde dónde» educamos no solo nos revela la meta hacia la que caminamos; también el camino, a la vez que nos cualifica y define como personas y como institución. Lo sabemos bien: podemos educar para «ser» o para «tener» y «hacer», para el «sentido» o para el «funcionamiento» o encuadre de las personas en los esquemas prácticos de la sociedad²³; podemos educar para el servicio y el bien común, para la construcción de una sociedad más justa y humana, o para responder a los esquemas prácticos y pragmáticos de la lógica del mercado; pero todas estas opciones no son equivalentes. Algunas pueden terminar encorvando al hombre y asfixiándolo en su propia finitud. Hay formas de educar y planteamientos que terminan siendo, intencionadamente, selectivos, excluyentes y utilitaristas²⁴. “En muchas aulas [denunciaba ya en 2004 el entonces arzobispo Bergoglio] se

²² Benedicto XVI, *Discurso. Encuentro con los jóvenes profesores universitarios* (19 agosto 2011).

²³ Cf. J. Renau, ‘Educación en una sociedad en crisis’: *Cuadernos Cristianismo y Justicia* 16 (1987) 26.

²⁴ A este respecto, merece especial atención la dura reflexión del escritor uruguayo Eduardo Galeano. En su fotografía distingue tres grandes grupos sociales de niños: un grupo selecto, educado para producir dinero, la masa narcotizada de los consumidores y, finalmente, la basura. “Día tras día se niega a los niños el derecho a ser niños [...] El mundo trata a los niños ricos como si fueran dinero, para que se acostumbren a actuar como el dinero actúa. El mundo trata a los niños pobres como si fueran basura, para que se conviertan en basura. Y a los del medio [...] los tiene atados a la pata del televisor, para que, desde muy temprano acepten, como destino, la vida prisionera. Mucha magia y mucha suerte tienen los niños que consiguen ser niños” (Cf. E. Galeano, *Patas arriba. La escuela del mundo al revés*, Madrid ³1999, 11-21; la cita en 11). Esta fotografía fue presentada al papa por *Scholas ocurrentes* en el *Manifiesto pedagógico* de su Congreso Mundial de febrero de 2015. Cf. I. Fiorin, ‘La educación de frente al futuro: el compromiso del gobierno y de la sociedad civil’: *Educatio catholica* 1 (2015) 118-119. Sobre la búsqueda de la «excelencia elitista» en el ámbito universitario, puede cf. la crítica de C. Díaz en su ensayo, *Una Iglesia que piensa*, Salamanca 2005, 64-67.

premia al fuerte y rápido y se desprecia al débil y lento. En muchas se alienta a ser el «número uno» en resultados, y no en compasión. Pues bien, nuestro aporte específicamente cristiano es una educación que testimonie y realice otra forma de ser humanos”²⁵. Existe un modo alternativo de educar, inclusivo, que, en lugar de excluir, favorece los encuentros, en el que cada persona no solo es digna de nuestra entrega, sino que posee un valor a ofrecer. Hay un modo de educar que apuesta por que educadores y educandos crezcan en humanidad, sean más «personas». La educación católica debe apuntar, sin duda, en esta dirección.

El papa describe la educación como una realidad dinámica, de equipo, inclusiva y pacificadora, «ecológica» incluso, en cuanto contribuye a recuperar los distintos equilibrios de la persona: el interno con uno mismo, el solidario con los demás, el natural con los seres vivos y el espiritual con Dios, abriéndonos, de esta manera, global e integralmente, a ese Misterio que nos abraza y envuelve²⁶. “La educación que tiene en el centro a la persona en su realidad integral tiene como finalidad llevarla al conocimiento de sí misma, de la casa común en la que vive, y sobre todo al descubrimiento de la fraternidad como relación que produce la composición multicultural de la humanidad, fuente de enriquecimiento mutuo”²⁷. Descubrimos aquí la acción viva del Espíritu, verdadero «nexus amoris», principio de amor, comunión y reconciliación. Nos movemos en el horizonte de una educación «del y para el encuentro». Desde aquí, podemos hablar realmente de «trascendencia», con toda su fuerza transformadora.

En lo que sigue, vamos a adentrarnos en ese misterio que es el ser humano y el Misterio fundante de amor que lo sostiene, en su carácter trascendente, partiendo de ese paradigma del ser humano, tan antiguo y siempre nuevo, que brota del Evangelio y de la persona de Cristo Jesús, Humanidad nueva, en quien se ilumina el misterio de lo humano (cf. GS 22). En su misterio se vislumbra el «qué» y el «porqué» de nuestra labor educativa, condiciones básicas para poder hablar después de un «cómo»²⁸. El objetivo de esta reflexión no es otro que acercarnos a los fundamentos y a algunas de las claves de una educación que no solo quiere abrir el corazón a la trascendencia, sino que, en sí misma, es ya un ejercicio y

²⁵ J. Bergoglio, *Mensaje a las comunidades educativas* (21/04/2004).

²⁶ Cf. Francisco, *Discurso. Asamblea plenaria de la Congregación para la Educación Católica* (20 febrero 2020); Id., Carta enc. *Laudato si* (24 mayo 2015), 210.

²⁷ Francisco, *Discurso. Asamblea plenaria de la Congregación para la Educación Católica* (20 febrero 2020).

²⁸ Cf. O. González de Cardedal, *Educación y educadores...*, 12.

experiencia de trascendencia. Los proponemos con humildad y sin dogmatismos. Debemos mantenernos lejos de esos «excesos ideológicos» que arrastran a las personas y a las comunidades, incluida la Iglesia, desdibujando sus horizontes propios y privándolos de su potencial²⁹. No en vano, al hablar de educación, y a la hora de educar, como Moisés delante de la zarza (cf. *Éx* 3,5), pisamos terreno sagrado.

2 El ser humano, apertura para la trascendencia, un ser para el encuentro. La educación, una puerta abierta a la totalidad de la realidad

No es encerrándonos sobre nosotros mismos como crece y se forja nuestra identidad. De hecho, si algo nos define como personas y nos distingue de otros seres vivos es esa capacidad genial que tenemos de «estar abiertos a», de «salir de nosotros mismos», de «dar-nos». Somos, como decían K. Rahner o Zubiri, «apertura a la trascendencia»³⁰. Por eso, la educación se ha definido como una puerta abierta a la totalidad de la realidad, abrir puertas a la realidad total y capacitar para este peregrinaje³¹. Educar no es, en definitiva, otra cosa que abrir caminos y «crear lazos», en la genial expresión de Saint-Exupéry³².

Nos detenemos en la definición ya clásica de Jungmann, quien describió la educación como “introducción del hombre en la realidad total”³³. El significado de este «total» apunta al menos en una triple dirección. Por una parte, refiere el desarrollo integral de la persona, en todas sus estructuras y dimensiones (cabeza, corazón y manos, metafóricamente hablando)³⁴. En segundo lugar, pone al ser humano en relación con todos los aspectos de la existencia,

²⁹ Cf. A. V. Zani, ‘El magisterio actual de la Iglesia...’, 12.

³⁰ Cf. K. Rahner, *Curso fundamental sobre la fe. Introducción al concepto de cristianismo*, Barcelona ⁴1989, 50-55, 100-105. Puede, cf., también, el artículo de X. Zubiri, ‘En torno al problema de Dios’, de 1935, recogido en *Naturaleza, Historia, Dios*, Madrid ⁵1963, así como su obra póstuma *El hombre y Dios*, Madrid 1984.

³¹ Dante hablaba ya de apertura «al infinito», a «lo eterno». “M’insegnavate come l’uom s’eterna” (Dante, *Divina comedia. Inferno* 16, 85).

³² Cf. A. de Saint Exupéry, *El Principito*, Madrid ¹⁶1980, 82.

³³ J. A. Jungmann, *Christus als Mittelpunkt religiöser Erziehung*, Freiburg 1939, 20.

³⁴ Cf. F. Follo, ‘L’education intégrale’: *Educatio catholica* 1 (2015) 13-21. La idea y el uso de esta metáfora es constante en el papa Francisco. Sirva como ejemplo su *Mensaje en la clausura del Congreso mundial educativo de «Scholas ocurrentes»* (5 febrero 2015) o el *Discurso a los participantes en el Congreso mundial sobre “Educar hoy y mañana, una pasión que se renueva”* (21 de noviembre de 2015), donde afirma: “Existen tres lenguajes: el lenguaje de la cabeza, el lenguaje del corazón, el lenguaje de las manos. La educación debe moverse en estos tres caminos. Enseñar a pensar, ayudar a sentir bien y acompañar en el hacer, o sea, que los tres lenguajes estén en armonía; que el niño, el muchacho, piense y sienta lo que hace, sienta lo que piensa y hace, haga lo que piensa y siente”.

con las diferentes dimensiones de lo real, no pudiendo emplazar ni soslayar, a nuestro juicio, ni la radical cuestión del sentido de la vida y de mi vida, ni la apertura a la trascendencia. El papa, en su intervención final en el Congreso sobre la Educación Católica, celebrado en 2015 bajo el lema *Educar hoy y mañana. Una pasión que se renueva*, reivindicó con firmeza esta «totalidad», aludiendo a la definición del jesuita austriaco. Y esta totalidad habla de humanidad y de trascendencia en un mismo abrazo. De la misma manera que no se puede hablar de educación católica sin hablar de humanidad, es decir, sin introducir a niños y jóvenes en todos aquellos valores y actitudes plenamente humanos, no hablaríamos de introducción a la realidad total si nos cerrásemos a la trascendencia. Ningún tipo de cerrazón educa³⁵. Humanidad y trascendencia van de la mano, pues Dios se ha hecho hombre. El verdadero humanismo se abre al Absoluto³⁶. Y al Absoluto lo encontramos en lo humano, en lo entrañablemente humano. Por último, dicha totalidad recuerda que la educación es un proceso que acompaña a las personas durante su vida entera y de diversas maneras. Este proceso implica a toda la comunidad humana, también a las generaciones pasadas, pues educar pasa por ofrecer y acoger toda una tradición de saber y vida. No en vano, somos enanos encaramados a hombros de gigantes del pasado, en la célebre expresión de Bernardo de Chartres. Recordamos de nuevo el proverbio arriba citado: “Para educar a una persona hace falta toda una aldea”. La educación apunta a la realización total de uno mismo en relación con la realidad entera³⁷.

Este horizonte de totalidad previene, a la sazón, de los peligros que encierra una excesiva fragmentación del proceso educativo y los saberes, reflejo de la posmoderna fragmentación

³⁵ “Recuerdo lo dicho por un gran pensador: «Educar es introducir en la totalidad de la verdad». porque, precisamente, la identidad católica es Dios que se ha hecho hombre. Avanzar en los comportamientos, en los valores humanos en plenitud, abre la puerta a la semilla cristiana. Luego viene la fe. Educar cristianamente es hacer avanzar a los jóvenes, a los niños, en los valores humanos, en toda la realidad, y a esta realidad pertenece la trascendencia. Se da hoy una tendencia al neopositivismo, esto es, educar en las cosas inmanentes, en el valor de las cosas inmanentes, y esto tanto en países de tradición cristiana como en países de tradición pagana. Y esto no es introducir a los jóvenes y a los niños en la realidad total: falta la trascendencia. Para mí, la crisis más grande de la educación, desde la perspectiva cristiana, es este cerrarse a la trascendencia. Estamos cerrados a la trascendencia. Es necesario preparar los corazones para que el Señor se manifieste, pero en la totalidad; esto es, en la totalidad de la humanidad, que tiene también esta dimensión de trascendencia. [Hay que] educar humanamente, pero con horizontes abiertos. Toda clase de cerrazón no sirve para la educación” (Francisco, *Discurso a los participantes en el Congreso mundial sobre “Educar hoy y mañana, una pasión que se renueva”* [21 de noviembre de 2015]).

³⁶ Cf. Pablo VI, Carta enc. *Populorum progressio* (26 marzo 1967), 42.

³⁷ Cf. J. Prades, *Dios ha salvado la distancia*, Madrid 2003, 48-49; L. Giussani, *Educar es un riesgo. Apuntes para un método educativo verdadero*, Madrid 2012, 61-93; A. V. Zani, ‘L’*éducation de l’avenir: l’engagement des gouvernements et de la société civile*’: *Educatio catholica* 1 (2015) 112.

de la existencia, así como la exclusión de determinadas dimensiones de la existencia humana en el mismo proceso. Nuestro contexto sociocultural, por otra parte, nos sitúa ante el enorme desafío de la unidad en la pluralidad. La cuestión ahora es cómo concebir a partir de aquí este «carácter trascendente» que define al ser humano y en qué medida condiciona y cualifica, como veíamos arriba, el «ecológico» arte de educar. Distinguimos a continuación varios momentos o niveles de comprensión. Veamos.

3 *Del misterio de lo creado al rostro del «tú»*

No somos islas. Inmersos desde que nacemos en la realidad que nos envuelve y precede, nos conocemos, vivimos y crecemos abiertos al mundo que nos rodea. Hay algo íntimo, intuía Zubiri, que, desde que somos llamados a la vida, nos religa con la realidad en que vivimos. Hablamos de esa experiencia genial de «ser-con», de sentirnos parte de algo y de alguien. El giro que introdujo, ya en el s. XII, Ricardo de san Víctor, al definir la persona como «existencia», y no como «subsistencia», como rezaba la tradicional definición de Boecio³⁸, apuntaba en esta dirección. No nos define la autosuficiencia: nos define la relación. No en vano, nos parecemos a Dios, trinitario misterio de comunión y amor.

Repleta de intencionalidad y de simbolismo, la realidad entera susurra, habla múltiples lenguajes, y se presenta ante nosotros como un «algo-significativo»³⁹, que se nos ofrece no solo como límite, sino como universo de posibilidades que pone en juego nuestra libertad. Es en diálogo con ella, aprendiendo de ella, y respondiendo a los desafíos, retos y oportunidades que nos ofrece, como nos vamos haciendo personas. Por ello, ni el mundo, ni la sociedad de la que somos y formamos parte, son solo el escenario de nuestra vida. Nos constituyen y los constituimos. Somos mundo. Nuestro entorno deja huella en nosotros y nosotros dejamos huella en él. Ya lo decía Ortega y Gasset: “yo soy yo y mis circunstancias”. Pero no solo importa el hecho de estar abiertos a la realidad, sino, sobre todo, el «cómo» y el «desde dónde» es vivida esta relación. Podemos afrontar nuestra existencia en camino de dominio y de apropiación, de admiración y contemplación, de desasimiento y don. Podemos conformarnos con lo que tenemos delante o intentar mejorarlo, rechazarlo o aceptarlo y

³⁸ “Persona est rationalis naturae individua existentia”. Ricardo de san Víctor, *De Trinitate* 4, 3.

³⁹ Cf. M. A. Calavia, ‘La pregunta por el sentido como apertura a la trascendencia’: *Misión joven* 44 (2004) 26.

amarlo. Según cómo nos situemos ante la realidad, esta nos irá abriendo o cerrando puertas, pues “la vida hace ascos a quienes le ponen mala cara”⁴⁰. Educar deberá ayudar a la persona a confrontarse consigo misma, a aceptarse y a quererse, a confiar y arriesgarse, y, también, a situarse y relacionarse en libertad y responsabilidad con el mundo que la rodea.

Nuestra mirada se dirige en primer lugar a nuestra casa común. Tal como advierte la encíclica *Laudato si*, “olvidamos que nosotros mismos somos tierra”, cuando la dañamos o la explotamos como un mero objeto o propiedad⁴¹. A partir de aquí, el papa habla de reciprocidad responsable entre el ser humano y la naturaleza, del valor en sí mismo de todo ser vivo y de toda criatura, de la mirada contemplativa capaz de abrirse al misterio que encierra, de la belleza y sacramentalidad de lo creado. El Espíritu hace suyo el clamor de una tierra herida (cf. *Rom* 8,22) e impele a una urgente conversión ecológica que nos conduzca al cuidado responsable de la casa común y de toda vida⁴². En una apuesta firme por una ecología verdaderamente «integral», el papa Francisco describe los rasgos de una auténtica educación y espiritualidad ecológica⁴³. Subrayamos aquí ese sentimiento de pertenencia, de hondas raíces teológicas, que exhorta a un modo trinitario de relacionarnos con la creación no en clave de abuso o explotación, sino de pertenencia mutua, respeto y responsabilidad⁴⁴: “Muchas cosas tienen que reorientar su rumbo, pero ante todo la humanidad necesita cambiar. Hace falta la conciencia de un origen común, de una pertenencia mutua y de un futuro compartido por todos. Esta conciencia básica permitiría el desarrollo de nuevas convicciones, actitudes y formas de vida. Se destaca así un gran desafío cultural, espiritual y educativo que supondrá largos procesos de regeneración”⁴⁵. Nos interesa recoger, una vez más, esta nueva interpelación al mundo de la educación, que reivindica, como decíamos arriba, un paradigma nuevo acerca del ser humano. “No habrá nueva relación con la naturaleza sin un nuevo ser humano; no hay ecología sin una adecuada antropología”⁴⁶. Para el tema que nos ocupa, importa la advertencia de la encíclica frente a todo «biocentrismo», ya sea romántico o

⁴⁰ E. Mounier, *Cartas desde el dolor*, Madrid 1998, 25.

⁴¹ Francisco, Carta enc. *Laudato si* (24 mayo 2015), 2.

⁴² Cf. Juan Pablo II, *Catechesis* (17 enero 2001), 4; Id., Carta enc. *Centesimus annus* (1 mayo 1991), 38; Francisco, Carta enc. *Laudato si* (24 mayo 2015), 216-221.

⁴³ Cf. Francisco, Carta enc. *Laudato si* (24 mayo 2015), 202-246.

⁴⁴ Cf., al respecto, E. Cambón, *La Trinidad, modelo social*, Madrid 2000, 117-118.

⁴⁵ Francisco, Carta enc. *Laudato si* (24 mayo 2015), 202.

⁴⁶ Francisco, Carta enc. *Laudato si* (24 mayo 2015), 118.

materialista, que olvide la dignidad, especificidad y responsabilidad propia de todo hombre y mujer. La persona no es un ser más entre otros, resultado de los juegos del azar o del determinismo físico. “No puede exigirse al ser humano un compromiso con respecto al mundo si no se reconocen y valoran al mismo tiempo sus capacidades peculiares de conocimiento, voluntad, libertad y responsabilidad”⁴⁷.

Sanar nuestra relación con la naturaleza y el ambiente pasa por sanar todas las relaciones básicas del ser humano, comenzando por uno mismo, pues, como veremos más adelante, no hay trascendencia posible sin interioridad. Mas dicha interioridad y armonía con lo creado distan mucho de un intimismo romántico e individual, fomentado por determinadas propuestas de corte o sabor neognóstico. Al contrario, mantener una adecuada relación con la creación y la naturaleza no solo no debilita, sino que refuerza la dimensión social del ser humano y su dimensión trascendente, su apertura al «Tú» divino⁴⁸. “La actitud básica de autotranscenderse, rompiendo la conciencia aislada y la autorreferencialidad, es la raíz que hace posible todo cuidado de los demás y del medio ambiente”⁴⁹.

Decía Mounier: “La persona no existe sino hacia los otros, no se conoce sino gracias a los otros, no se encuentra sino en los otros”⁵⁰. Se despierta, de hecho, a la vida personal ante el rostro del prójimo. Mi «yo» dormido al nacer «despertó» gracias a la sonrisa, la caricia y la voz amorosa de un rostro materno. Luego, con el paso del tiempo, han ido aparecido otros rostros, sagrados rostros que nos interpelan y nos impelen a lanzarnos a la aventura del «tú», al riesgo de convivir, de amar y de confiar, sin máscaras ni miedos, al riesgo que supone afrontar la vida sin miedo a la bondad y a la ternura, como nos pedía el papa Francisco al inicio de su pontificado, olvidarse de sí y experimentar que «somos» más cuanto más nos entregamos a los demás⁵¹. La realidad del sujeto, nuestro propio «yo», surge de las relaciones. Quizá sea hora de reconocer que Descartes se equivocó y que lo que nos define como personas no es tanto el «yo pienso» (aunque, ciertamente, sea importante) sino ese «por favor, quíereme», unido a esa capacidad genial que tenemos las personas de decir sencillamente «te quiero» y de darnos sin medida⁵². El amor no es algo que se añade a la persona como un lujo

⁴⁷ Francisco, Carta enc. *Laudato si* (24 mayo 2015), 118.

⁴⁸ Cf. Francisco, Carta enc. *Laudato si* (24 mayo 2015), 119.

⁴⁹ Francisco, Carta enc. *Laudato si* (24 mayo 2015), 208.

⁵⁰ E. Mounier, *El personalismo. Antología esencial*, Salamanca 2002, 699.

⁵¹ Cf. Francisco, *Homilía. Inicio ministerio petrino* (19 marzo 2013).

⁵² Cf. C. Díaz, *La persona como don*, Bilbao 2001, 27-49, 145-147.

o un extra. Sin amor, no hay persona. Solo quien ama y es amado intuye realmente qué es la vida. Como decíamos arriba, nos parecemos a Dios (cf. *Gén* 1,26), uno y trino, desbordante misterio de amor y comunión. Vivir, realmente, es «con-vivir», entrar en un verdadero diálogo con el tú, exponerse y dejarse afectar por el otro, reconocerlo, aun en la diversidad y en la diferencia, no como un enemigo o amenaza, sino como un compañero de viaje, reconocer los dones y el rostro de Dios en Él⁵³.

Quizá uno de los mayores dramas de nuestra sociedad sea esa dramática pretensión de «hacer callar los rostros», y sería peligroso que los mundos de la educación, del estudio y de la investigación, entrasen en esa dinámica o fuesen indiferentes a ella. Una educación elitista, no inclusiva, que descarte a los pobres, una investigación que olvide la pobreza, sus causas y consecuencias, que olvide el rostro de los últimos o haga de ellos una mera estadística, apuntaría en esta dirección. Desgraciadamente, existen demasiados signos que recuerdan que se nos ha olvidado ya «mirar a los ojos». El papa Francisco a menudo denuncia esa globalización de la indiferencia que ha secado nuestro lacrimal. Y no nos referimos a esa mirada desafiante, en la que uno solo se ve a sí mismo, sino a esa otra mirada capaz de entrañar el rostro del «tú» que tengo delante, para descubrirlo como hermano, único e irrepetible, y descubrirme, de esta forma, a mí mismo, como «hijo» y «hermano». Esa mirada posibilitó que el buen Francisco de Asís besara al leproso, un beso que cambió su vida. Nos movemos en nuestra reflexión en la línea de autores como Levinas o Finkelkraut, que nos han recordado la importancia del rostro del «tú», no como algo que yo conquisto, sino como una realidad siempre sorprendente que se me revela y, a la vez, me revela e interpela⁵⁴. Nos movemos en la lógica del Reino de Dios, encarnado en Jesús. La paternidad de Dios dice fraternidad. El rostro humano aparece como portador de un sentido que me supera y «provo-ca». Sus ojos me preguntan si voy a respetarle en su alteridad o a tratarle como un mero «objeto». Hay un «imperativo» en el rostro del otro y de lo otro, que cuestiona el absoluto de mi libertad, y destruye mi pretensión de totalidad. Finkelkraut decía del rostro del «tú»:

⁵³ “Hoy, que las redes y los instrumentos de la comunicación humana han alcanzado desarrollos inauditos, sentimos el desafío de descubrir y transmitir la mística de vivir juntos [...] Salir de sí mismo para unirse a otros hace bien. Encerrarse en sí mismo es probar el amargo veneno de la inmanencia, y la humanidad saldrá perdiendo con cada opción egoísta que hagamos” (Francisco, Exh. ap. *Evangelii gaudium* [24 noviembre 2013], 87).

⁵⁴ Cf. E. Levinas, *Totalidad e Infinito. Ensayo sobre la exterioridad*, Salamanca 1977; A. Finkelkraut, *La Humanidad perdida. Ensayo sobre el siglo XX*, Barcelona 1998.

“Solo y expuesto, ya no confiesa nada, ordena; ya no es un espectáculo que se ofrece, ni siquiera un enigma que exige ser elucidado, sino una voz de fino silencio que prohíbe matar”⁵⁵. Es trascendente y anuncia al Trascendente. El prójimo, precisa Levinas, es la huella del Completamente-Otro. “Lo que hicisteis con estos mis hermanos más pequeños, lo hicisteis conmigo” (Mt 25,40). Solo hace falta educar la mirada⁵⁶.

4 *La pregunta por el sentido y la dimensión vocacional de la existencia*

En este nudo de relaciones, el ser humano se plantea la pregunta por el sentido de la vida. Es cierto que, en nuestra cultura posmoderna, alérgica a todo tipo de metarrelato, no parece ser una pregunta de moda. Ni siquiera, se nos dice, es evidente que la vida esté necesariamente obligada a tener un sentido. Sin embargo, la inquietud no deja de existir porque esta se soslaye o reprima. Las grandes preguntas, aun no explicitadas, siguen ahí, aunque solo sea por el hecho de que deseamos ser felices, amar y ser amados. Necesitamos una razón para vivir, aunque sea tan solo porque, según la célebre frase de Nietzsche recogida por V. Frankl, quien tiene un «porqué» vivir es capaz de soportar cualquier «cómo»⁵⁷.

Realmente, cuanto más buscamos, conocemos y nos conocemos, más urgente se nos hace la cuestión del «sentido» de las cosas y de la propia existencia. La misma realidad, de la que nosotros formamos parte, reclama una toma de postura, una actitud fundamental que envuelva, impregne y configure nuestra historia. Por ello, en palabras de Elzo, es momento de provocar y no de ocultar las grandes preguntas: quién soy, qué sentido tiene mi vida, qué hacer con ella, por qué preocuparme del otro, obrar el bien, y no buscar sin más mi propio

⁵⁵ A. Finkelkraut, *La Humanidad perdida...*, 50-51.

⁵⁶ Hacer la aventura del «tú» pasa por educar la mirada y dejar hablar a los rostros y dejarnos interpelar por ellos. A este respecto, Finkelkraut recoge la experiencia en el frente, durante la primera guerra mundial, del sargento Emilio Lussu, narrada en primera persona en su novela *Hombres contra la guerra*, donde explica su reacción al encontrarse, cara a cara, con un soldado enemigo, que caminaba perdido, ajeno a lo que le esperaba. Tuvo, nos dice, el ¿error? de mirarle primero a los ojos. “No tenía más que apretar el gatillo, el oficial se habría desplomado. La certeza de que su vida dependía de mi voluntad me hacía vacilar ¡Tenía frente a mí a un hombre, a un hombre! Distinguía sus ojos y los rasgos de su cara. Disparar así a un hombre... como si fuera un jabalí... Sin previo aviso la compasión se adueñó de él. Lussu era uno, helo ahora aquí «siendo dos». Vencido por el rostro del tú, alargó el fusil al cabo que le acompañaba, pero este vencido por la misma evidencia rechazó el ofrecimiento. A gatas, regresaron a su trinchera, con el morral vacío” (Recogido por A. Finkelkraut, *La Humanidad perdida...*, 51).

⁵⁷ Cf. V. Frankl, *El hombre en búsqueda de sentido*, Barcelona ⁸1987, 78.

interés, el mundo ¿acaba aquí?⁵⁸ De forma sugerente, el también sociólogo Tomáš Halík enseña que “Dios se nos acerca más como pregunta que como respuesta”⁵⁹. Por desgracia, nuestros jóvenes no siempre encuentran quien les dé respuestas o tan solo herramientas para afrontar tales cuestiones⁶⁰. De ahí la importancia del educador y de la tarea educativa. Cuando echamos la vista atrás y releemos nuestra historia, no es difícil reconocer y agradecer el papel jugado por tantos rostros, con nombres y apellidos concretos, a la hora de poder vivir la vida en clave de confianza y sentido. Pertenece a la educación no solo el ser vehículo de conocimientos y de saberes, sino ser experiencia de sentido compartida, comunicación de sentido en el cuádruple significado de esta palabra: dirección, significación, fundamento, gusto de la vida. La educación nos abre a esa Verdad contenida en la vida cotidiana.

A este respecto, conviene recordar que somos, y somos personas, en apertura de conocimiento y amor. Quizá, por ello, la toma de postura frente a la realidad se decide siempre, como decíamos arriba, en apertura a un «tú», concreto y no genérico, personal, humano. La cuestión del sentido no remite tanto a los «qués» de la vida, como a los «quiénes»: ¿quién soy y, ante todo, para quién significo y soy alguien? ¿para qué y, especialmente, para quién vivo y a quién me entrego? Fuimos creados no solo para vivir entre y con los demás, sino al servicio de los demás, del bien común y de esa fraternidad que nos une a todos en la riqueza de la diversidad⁶¹. Sin esta capacidad de trascendencia, sin ese «descentrarse» y «salir de sí», la vida termina perdiendo significado y gusto. El ser humano, escribía Frankl, “se realiza a sí mismo en la medida en que se trasciende: al servicio de una causa o en el amor a otra persona. Con otras palabras, el hombre solo es plenamente hombre cuando se deshace por algo o se entrega a otro. El hombre solo es plenamente él mismo cuando se pasa por alto y se olvida de sí mismo”⁶². Esto revoluciona la comprensión popular de la vocación, comprendida como gusto o preferencia. “Tenemos que aprender que *en realidad no importa que no esperemos nada de la vida, sino si la vida espera algo de*

⁵⁸ Cf. J. Elzo, *Los jóvenes y la felicidad. ¿Dónde la buscan? ¿Dónde la encuentran?*, Madrid 2006, 76.

⁵⁹ T. Halík, *Quiero que seas. Sobre el Dios del amor*, Barcelona 2018, 15.

⁶⁰ Cf. J. Elzo, *Los jóvenes y la felicidad...*, 76. El *Instrumentum laboris* del Pacto Educativo Global, habla de «e-ducare» las preguntas, despertar en los jóvenes el deseo de entrar en la propia interioridad para animar una inquietud estimulante sobre el sentido de las cosas y de la existencia, para, en el caso del creyente, conocer y amar a Dios. Cf. Pacto educativo global, *Instrumentum laboris* (2020) 8-9.

⁶¹ Cf. Pacto Educativo Global, *Instrumentum laboris* (2020), 5.

⁶² V. Frankl, *El hombre doliente*, Barcelona 2003, 58-59.

nosotros”⁶³. En consecuencia, “el hombre no debería inquirir cuál es el sentido de la vida, sino comprender que es *a él* a quien se le inquires”⁶⁴. No es difícil hacer una lectura profundamente creyente de esta intuición.

Debemos reconocer que la educación, y, entre otras instancias, de forma más directa, la universidad, o la misma formación profesional, siempre ha sido especialmente sensible a esta comprensión vocacional de la existencia, al concebir como misión propia la tarea de ayudar a los jóvenes a labrar y configurar su proyecto de vida. Este papel, no obstante, resultaba más sencillo y obvio cuando se tenía claro lo que la vida, o, mejor dicho, la sociedad imperante, esperaba de ellos. Hoy, sin embargo, no resulta, ni tan obvio ni tan fácil, máxime cuando el «pacto social» que hasta anteaer regulaba el paso de la condición joven a la de adulto (emancipación familiar, independencia económica, estabilidad laboral) se ha quebrado. En el actual contexto de desempleo, temporalidad y precariedad laboral, el estudio de una carrera, de una profesión, y el trabajo han dejado de conferir identidad al joven. Se hace muy difícil encontrar una profesión para el cual uno «se haya sentido llamado»⁶⁵. Desplazado el estudio y el trabajo de este ámbito íntimo y donador de sentido, la comprensión que predomina hoy sobre ellos en padres y alumnos es meramente instrumental: el trabajo es la fuente de ingresos necesaria para vivir y para cubrir lo que de verdad importa, y el estudio, al menos como deseo, la herramienta necesaria para encontrar uno más o menos digno⁶⁶. Es cierto que los estudios a realizar, al menos al principio, todavía se escogen en función de las propias capacidades, gustos o del futuro deseado; pero, bien fruto de la situación laboral, o consecuencia del individualismo, asistimos a la progresiva pérdida de esa dimensión vocacional de servicio a la sociedad y al bien común que entrañaba tanto estudiar como ejercer una profesión determinada.

Con todo, el hecho de que profesión no sea ya sinónimo necesario de vocación no significa que la educación haya desistido o pueda desistir de su tradicional atención a la dimensión vocacional y oblativa de la vida, y a la configuración del proyecto vital del joven, para ayudarlo a discernir y descubrir no solo lo que quiere hacer con su vida, sino lo que la

⁶³ V. Frankl, *El hombre en busca de sentido*, 78. La cursiva es del autor.

⁶⁴ V. Frankl, *El hombre en busca de sentido*, 108.

⁶⁵ Cf. J. M. González-Anleo, *Generación selfie*, 36; E. Brotóns, ‘Estudio solidario’, 2-3; Id., ‘Jóvenes, felicidad, vocación’, 6-12.

⁶⁶ Cf. G. Lipovetsky, *Metamorfosis de la cultura liberal*, Barcelona 2003, 43.

realidad, y Dios a través de ella, pide y demanda de él. De nuevo la crisis se convierte en oportunidad que permite abrazar un concepto más profundo y hondo de la vocación. Persiste la no siempre fácil tarea de acompañar el aprendizaje de la libertad. Esfuerzo, respeto, trabajo, honestidad, sinceridad, servicio, entrega, solidaridad, fe... son solo algunos de los valores a preparar en la mochila de este camino. Habrá que tener en cuenta, a la vez, que los jóvenes no responden ya al esquema clásico de la brújula que orienta decisivamente la vida hacia el norte, sino que, más bien, responden al del «radar», sensibles a las múltiples señales con las que se topan en torno a sí mismos⁶⁷.

En este contexto, es bueno retomar la dinámica y la lógica del don, como clave de la existencia. La vida es don y está llamada a darse. Pueden ayudarnos al respecto los pasos dados en el campo de la filosofía, entre otros, por M. Mauss, J. Derrida, J. L. Marion o P. Sequeri, para quien la lógica del don nos previene contra ese tiránico y narcisista monoteísmo del «yo, mi, me, conmigo», que neutraliza la compasión y la solidaridad⁶⁸. La muerte se hace parasitaria de todo culto a la propia identidad. Ya lo había advertido Jesús, desvelando así la esencia del discipulado y el secreto de una vida plena: “El que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa y por el evangelio, la salvará. ¿De qué sirve ganar el mundo entero si se pierde la vida?” (Mc 8,34ss y par.). Solo cuando se pasa del «qué» o «quién soy» al «para quién», la existencia cobra sentido y es posible construir esa sociedad humana, justa y fraterna a la que apunta el pacto educativo. Marion invita a ese decidirse por el don, que implica, por una parte, donabilidad a fondo perdido, pues el don desaparece cuando entra en juego la lógica economicista del intercambio, el «do ut des»⁶⁹, y por otra, estar dispuesto, a recibir y «recibir-se», renunciando a la también tiránica autarquía del que pretende no deber nada a nadie⁷⁰. Tocamos en este punto la esencia de la educación. De aquí brota la gratitud, alegría de la memoria, íntima y estrechamente unida a la gratuidad. En definitiva, esta espiritualidad del don, espiritualidad, de comunión, nos define y sustenta

⁶⁷ Cf. J. L. Moral, *¿Jóvenes sin fe? Manual de primeros auxilios para reconstruir con los jóvenes la fe y la religión*, Madrid 2007, 86.

⁶⁸ Cf. P. Sequeri, *La cruna dell'ego. Uscire dal monoteismo del sé*, Milano 2018. Véase también M. Mauss, *Ensayo sobre el don*, Buenos Aires 2009; J. L. Marion, *Siendo dado*, Madrid 2008; J. Derrida, *Dar el tiempo*, Barcelona 1995; R. Kearney – J. Derrida – J. L. Marion (mod.), ‘Sobre el don. Una discusión entre Jacques Derrida y Jean-Luc Marion’, en <https://bit.ly/31W5XTQ> [10/10/19].

⁶⁹ Cf. J. Derrida, *Dar el tiempo*, 21; J. L. Marion, *Siendo dado*, 143;

⁷⁰ Cf. J. L. Marion, *Siendo dado*, 189-195; F. Torralba, *La lógica del don*, Madrid 2012, 23; G. Tejerina, *La gracia y la comunión*, Salamanca 2015, 123-134; Benedicto XVI, Carta enc. *Caritas in veritate* (29 junio 2009), 34.

una fraternidad “integrada por seres que no viven simplemente uno junto al otro”⁷¹.

5 *De la trascendencia a la Trascendencia. “Nos hiciste, Señor, para ti...”*

Llegados a este punto, la realidad, la naturaleza, la historia, y, sobre todo, el rostro del «tú», aparecen ante nosotros como un sacramento, que apunta a un «plus» de significado y sentido, a una «presencia» sustentadora y fundante que nos trasciende y que solo es cercana en el reconocimiento y el encuentro. Podemos, entre otras muchas, acercarnos a la experiencia contemplativa de san Francisco o de san Juan de la Cruz. Se ha dicho que el santo de Asís contemplaba las criaturas con la misma devoción con la que leía el Evangelio. Su testimonio nos habla de una ascesis de confianza en el mundo, visto y contemplado como epifanía de Dios, manifestación de su grandeza creadora y de su amor providencial⁷². Desposado con la Hermana Pobreza, en el rostro de los pobres contempló el rostro de su Señor. Similar experiencia encontramos en el *Cántico espiritual* del santo carmelita. En la belleza de la creación, Dios ha dejado su huella, rastro que posibilita el encuentro tierno y gozoso con el Amado. Lo invisible de Dios se ha hecho visible sacramentalmente desde la creación del mundo a través de las cosas creadas (cf. *Rom* 1,20). “¡Oh bosques y espesuras / plantadas por la mano del Amado! / ¡Oh prado de verduras/ de flores esmaltado!, / decid si por vosotros ha pasado. // Mil gracias derramando / pasó por estos sotos con presura / e, yéndolos mirando, / con sola su figura / vestidos los dejó de su hermosura”⁷³.

La encíclica *Laudato si* nos invita a contemplar con toda su radicalidad el evangelio de la creación y, en ella, el evangelio del rostro humano. La naturaleza, en toda su beldad, da alegre

⁷¹ Benedicto XVI, Carta enc. *Caritas in veritate* (29 junio 2009), 53. Cf. Juan Pablo II, Carta ap. *Novo millennio ineunte* (6 enero 2001), 43.

⁷² Cf. Francisco, Carta enc. *Laudato si* (24 mayo 2015), 12.

⁷³ Juan de la Cruz, *Cántico Espiritual* III, 4-5. Estos versos nos recuerdan que la contemplación de la belleza, en todas sus dimensiones, la naturaleza, el arte..., constituye una auténtica experiencia de trascendencia, un verdadero itinerario de fe y vida hacia Dios, que invita a contemplar, agradecer y sacar lo mejor de sí. Cf. Benedicto XVI, *Discurso. Encuentro con los artistas* (21 noviembre 2009). Nos saca de nuestra autorreferencialidad y abre nuestro corazón. Invita “a gustar la vida y a soñar el futuro” (Juan Pablo II, *Carta a los artistas* [4 abril 1999], 16). Mas, para ello, hemos de ser educados en el amor a la belleza, que nos libera de todo esteticismo efímero. Por otra parte, la mayor hermosura brota del amor, de la vida hecha don, como bien recogió Balthasar al hablar de la belleza y la gloria que emanan del amor desbordante del Dios uno y trino, manifestadas definitivamente en Cristo Jesús. Todo ello hace de la «via pulchritudinis» un camino educativo de primer orden, que, en palabras del papa Francisco, debe ser abordado. “No se puede educar sin inducir a la belleza, sin inducir del corazón la belleza” (Francisco, *Discurso a los participantes en el seminario sobre «Educación: el pacto mundial» organizado por la pontificia academia de ciencias sociales* [7 febrero 2020]).

noticia de su Creador, siempre, como advertía san Agustín, que la rutina no nos prive de la capacidad de admirarla⁷⁴. Esta, inundada por la hermosura divina, no solo transparente a su Hacedor ante todo aquel que, interpelado por ella, pregunta a la creación por la raíz de su belleza (cf. *Sab* 13,5)⁷⁵, sino que es lugar de su presencia⁷⁶. Esta sacramentalidad hunde sus raíces en la intimidad de todo lo que existe con el Creador, que ha impreso su sello en la creación, y que, sin confundirse con sus criaturas, no quiere ser sin ellas. “Todo cuanto hay en el cielo está sostenido por la mano de Dios, y todo lo que hay en la tierra se encierra en su puño”, escribe el santo obispo Hilario de Poitiers⁷⁷. “El Padre [leemos en *Laudato si*], es la fuente última de todo, fundamento amoroso y comunicativo de cuanto existe. El Hijo, que lo refleja, y a través del cual todo ha sido creado, se unió a esta tierra cuando se formó en el seno de María. El Espíritu, lazo infinito de amor, está íntimamente presente en el corazón del universo animando y suscitando nuevos caminos”⁷⁸. Destacamos aquí el carácter trinitario de esta huella, tan subrayado, entre otros, por san Agustín y san Buenaventura, que modela la realidad y nos modela. “Toda la realidad contiene en su seno una marca propiamente trinitaria [...] El mundo, creado según el modelo divino, es una trama de relaciones [...] [lo que] nos lleva a descubrir una clave de nuestra propia realización. Porque la persona humana más crece, más madura y más se santifica a medida que entra en relación, cuando sale de sí misma para vivir en comunión con Dios, con los demás y con todas las criaturas. Así asume en su propia existencia ese dinamismo trinitario que Dios ha impreso en ella desde su creación. Todo está conectado, y eso nos invita a madurar una espiritualidad de la solidaridad global que brota del misterio de la Trinidad”⁷⁹.

Es cierto, no obstante, que no siempre lo creado deja transparentar o intuir la presencia del Creador. En momentos de noche oscura, Dios no deja de ser un Dios escondido, un Dios que calla, y el escándalo de su silencio se hace, si cabe, más acuciante cuando el hombre es tocado por el dolor, por la enfermedad o por el sufrimiento. Ciertamente, la cuestión del mal constituye, en la expresión del dramaturgo Georg Büchner, la «roca del ateísmo», que niega

⁷⁴ Cf. Agustín, *De Trinitate*. 3, 2, 7; 15, 4, 6.

⁷⁵ “Dije entonces a todas las cosas que están fuera de las puertas de mi carne: «Decidme algo de mi Dios, ya que vosotras no lo sois; decidme algo de él» Y exclamaron todas con grande voz: «Él nos ha hecho» Mi pregunta era mi mirada, y su respuesta, su apariencia”. Agustín, *Confessiones* 10, 6, 9.

⁷⁶ Cf. Francisco, Carta enc. *Laudato si* (24 mayo 2015), 88.

⁷⁷ Hilario de Poitiers, *De Trinitate*, 1, 6.

⁷⁸ Francisco, Carta enc. *Laudato si* (24 mayo 2015), 238.

⁷⁹ Francisco, Carta enc. *Laudato si* (24 mayo 2015), 239-240.

incluso toda esperanza. No son pocas las veces que, en el aula, hemos podido ser testigos de ello. Mas también en medio del mal y del dolor es posible contemplar la presencia consoladora, fiel y liberadora de Dios junto al que sufre. Remito aquí a la doble lectura que podemos hacer de la dura aserción de Wiesel en *La nuit*, “¡Dios está ahí, colgado de esa horca!”. El sentido original de la frase anuncia la muerte de Dios en un sentido mucho más radical y dramático que el proclamado por Nietzsche. Dios, el Dios omnipotente y bueno, está ahí colgado de la horca. Ha muerto. Es ya imposible seguir hablando de Él. Su solo nombre suena a cruel sarcasmo. Los cristianos, sin embargo, reconocemos en esta afirmación una verdad que desborda el planteamiento de este superviviente de los campos de concentración nazis: Dios sufre con el que sufre y comparte el destino de los crucificados de la historia; contemplamos su rostro en los rostros del hombre y la mujer sufrientes, conscientes, no obstante, de que el Crucificado es el Resucitado, fuente y raíz de toda esperanza y de todo compromiso por afirmar la vida frente a lo que la niega. Ni el dolor, ni la muerte tienen ya la última palabra, ni siquiera la definitiva sobre el presente.

En definitiva, hablar de Dios no nos sitúa «más allá» de la realidad, sino en su «hondura». Es ahí donde el Misterio de Dios, «lo totalmente otro», lo «real por excelencia», se revela y provoca al hombre. Habrá, eso sí, que educar la mirada. “Cuando sucede esto, el hombre aprende que el problema de su destino, el problema de sí mismo, y el problema que, pasando más allá de sí mismo, pregunta por el fundamento que soporta la vida del mundo y la del hombre, son uno solo. El problema de uno mismo y el problema de la realidad divina van unidos”⁸⁰. La apertura del hombre a la realidad adquiere de esta forma un estrato profundo explícitamente religioso. El hombre, enseña el filósofo austriaco Emerich Coreth, se encuentra siempre y se realiza a sí mismo bajo la exigencia de lo Incondicionado, impelido en definitiva hacia ese Tú absoluto, horizonte universal del hombre y de la historia⁸¹. Lo finito queda así excluido como horizonte absoluto de nuestra existencia. El hombre no es solo, en la expresión de Heidegger, un «ser en el mundo», sino que “en su genuina esencia es «ser para Dios», un «ser hacia Dios». Como ya enseñó Blaise Pascal: «el hombre sobrepasa infinitamente al hombre»”⁸²; es, en la genial descripción de von Balthasar, “un ser con un

⁸⁰ W. Pannenberg, *Antropología en perspectiva teológica*, Salamanca 1993, 90.

⁸¹ Cf. E. Coreth, *Dios en la historia del pensamiento filosófico*, Salamanca 2006, 344-350.

⁸² Recogido por E. Coreth, *Dios en la historia...*, 350.

misterio en su corazón que es mayor que él mismo”⁸³.

Así lo intuyó san Agustín, para quien el famoso «conócete a ti mismo» del templo de Delfos se tornó en una aventura relacional entre Dios y él: “conocerme para conocerte, conocerte para conocerme”⁸⁴. La verdad del ser humano se juega «coram Deo», es decir, en su presencia. El «quién soy yo» encuentra su respuesta en ese «quién soy para ti, Dios mío» y en el decisivo «para quién soy». Solo cuando uno es capaz de escuchar la respuesta a esa pregunta en lo más íntimo de su corazón es capaz de exclamar: “nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en ti”⁸⁵. Esta oración nos sumerge en la experiencia fundante, gozosa y beatificante, de existir no «desde», «ante» y «para» uno mismo, sino «desde», «ante» y «para» Dios. Apunta, de hecho, a una primera y definitiva palabra sobre nosotros y el mundo que no es nuestra, que no nace de nosotros, sino que ha sido ya pronunciada manifestando el secreto de un amor sin límites. El «te quiero» de Dios, un «te quiero» libre y gratuito, nos precede, sustenta y convoca. Vivimos, nos movemos y existimos en el amor de Dios, sustentados en Él, implantados en Él (cf. *Hch* 17,28).

Esa Palabra de amor se hizo carne y rostro humano en Jesús de Nazaret, Palabra y Sabiduría de Dios hecha carne (cf. *Jn* 1,14; *I Cor* 1, 24.30), luz que ilumina nuestro misterio (cf. *GS* 22). Los cristianos no creemos en una Trascendencia difusa, abstracta, genérica, sino en el rostro de Dios manifestado y revelado en Cristo y en su Espíritu (cf. *Gál* 4,4-7), el Dios que entra en nuestra historia y hace de ella Historia de Salvación, el Dios que ha querido salir a nuestro encuentro por las calles de la vida, sobre todo, por las de los más desfavorecidos. En ellas se le encuentra. En Cristo Jesús, y en su Espíritu, la Humanidad ha sido y es acariciada por un Dios apasionado por la vida (cf. *Jn* 10, 10), capaz de entregarla por amor, un Dios que no quiere esclavos, sino hijos, amigos libres y capaces de alianza con él, un Dios que sueña con el parto de un mundo más justo, más humano, más fraterno, su Reino. Dios y el hombre no son rivales. Al contrario. La gloria de Dios es que todo ser humano tenga vida y Dios es la vida del hombre⁸⁶.

Los que intentamos seguir a Jesús, en familia y en comunidad, estamos llamados a hacer nuestra esta pasión de amor por la vida, que es pasión por todo lo humano. Nos lo recuerda

⁸³ H. U. von Balthasar, *La oración contemplativa*, Madrid 1985, 16.

⁸⁴ Cf. Agustín, *Soliloquia* 1, 1.

⁸⁵ Agustín, *Confessiones* 1, 1.

⁸⁶ Cf. Ireneo, *Adversus haereses* 4, 20, 7.

Gaudium et spes: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón” (GS 1). Estamos al servicio de todo lo que supone humanización, sabiendo que este servicio sería incompleto si privásemos a la gente del nombre de aquel que llena la vida: Jesucristo. Con nuestras luces, y con nuestra debilidad, pertenecemos al modo en el que Dios uno y trino quiere amar al mundo. Ello, como veremos, dota de un sentido único y singular nuestro trabajo.

6 La educación como ejercicio de trascendencia. Crear lazos.

Como decíamos al inicio de nuestra reflexión, ser conscientes del «desde dónde» educamos, arriba descrito, no solo revela la meta hacia la que caminamos; también, el camino. Partiendo de lo visto, hacemos nuestra una afirmación de Herder, de finales del s. XVIII: “no somos todavía hombres propiamente dichos, sino que nos estamos haciendo hombres a diario”⁸⁷. Se nace «persona», sí; pero también uno se va haciendo «persona», poco a poco, día a día. Y en estos avatares, advierte el filósofo y teólogo alemán, nadie se basta solo. Nadie, en un alarde de autosuficiencia, puede esculpirse, ni formarse a sí mismo, aunque en su entraña disfrute ya del esbozo⁸⁸. Crecemos como personas en comunidad y gracias a ella; crecemos y somos educados en y gracias a una comunidad transmisora de toda una tradición de saber y vida, que nos configura como personas y como pueblo. Quizá, por ello, podemos afirmar que la educación constituye en sí misma ya una experiencia de trascendencia, un ejercicio real de esa capacidad humana de salir de sí y de romper con toda autorreferencialidad, sin la cual es imposible crecer. En este proceso, según Herder, intervienen tres factores⁸⁹:

1. El primero: la «Tradición», la «aldea», la comunidad humana que comparte su memoria colectiva, sabiduría, en el sentido completo de la palabra, entretejida y amasada durante siglos⁹⁰. El papa Francisco insiste reiteradamente en este aspecto al hablar de las relaciones

⁸⁷ J. G. Herder, *Ideas para una filosofía de la historia de la humanidad*, Buenos Aires, 1959, 264 [9,1].

⁸⁸ Cf. J. G. Herder, *Ideas para una filosofía...*, 259 [9,1].

⁸⁹ Cf. J. G. Herder, *Ideas para una filosofía...*, 259-266 [9,1]; W. Pannenberg, *Antropología en perspectiva teológica*, 56-57.

⁹⁰ “Ningún individuo se ha hecho hombre por sí mismo. Toda su estructura humana está conectada con sus padres mediante una generación espiritual llamada educación, lo mismo que con sus amigos, maestros y todas las circunstancias en el curso de su vida, es decir, con su pueblo y sus antepasados, o sea, finalmente, con toda

entre los jóvenes y sus mayores. Los niños y los jóvenes necesitan reencontrarse con sus raíces. La memoria, las raíces, la historia, previene a los jóvenes de las seducciones de las ideologías fáciles de distintos colores, propias, en la expresión del Zygmunt Bauman, de esa cultura «líquida», de lo efímero, en la que nos movemos⁹¹. Curiosamente, ancianos y jóvenes son los primeros perjudicados y descartados en esta cultura del «usar y tirar». Sin este encuentro con los mayores, con su memoria viva, “no hay humanidad, porque no hay raíces, no hay historia, no hay promesa, no hay crecimiento, no hay sueños, no hay profecía”⁹².

Lo decíamos arriba: la realidad del sujeto, nuestro propio «yo», surge de las relaciones. Despertamos a la vida y crecemos como personas, confiados a la libertad amorosa de un «tú», llevados de la mano y «acompañados» por quienes nos preceden, rostros que no solo nos han comunicado conocimientos o ideas, sino que, ante todo, nos han transmitido «alma»⁹³. Entre estas relaciones, la del padre y la madre con el hijo, la del maestro o profesor con su alumno, las del educador y educando, son, en palabras de González de Cardedal, «troqueladoras»⁹⁴. Se mueven en el ámbito de lo sagrado primordial; posibilitan la confianza o te vacunan contra ella, fijan la memoria y la esperanza o las desarraigan y deshacen para siempre. Por eso, por encima de proyectos, técnicas y programaciones, aun siendo estos necesarios, siempre será esencial e insustituible la persona del educador. “Donde hay un educador que es bueno, en el completo sentido de la palabra, allí renace la humanidad y se recrea el mundo”⁹⁵.

El *Instrumentum laboris* del Pacto Educativo Global insiste en la relación educativa (también en el ámbito universitario) como valor indispensable en ese camino educativo que requiere la situación actual⁹⁶. Al apuntar esta no solo a la adquisición de conocimientos, sino a la configuración de toda la existencia, dicha relación se apoyará, poco a poco, en la «mutua»

la cadena que forma su especie [...] La corriente de la historia conduce hasta sus fuentes. De esta manera, toda la tierra habitada toma el cariz de un gran colegio de nuestra familia humana” (J. G. Herder, *Ideas para una filosofía...*, 261 [9,1]).

⁹¹ Cf. Francisco, Exh. ap. post. *Christus vivit* (25 marzo 2019), 179-201; Id., *Discurso en el Instituto Patristico Augustinianum, Roma* (23 octubre 2018).

⁹² Francisco, *Videomensaje con ocasión del ciberencuentro mundial organizado por la Fundación «Scholas ocurrentes»* (5 de junio de 2020).

⁹³ Cf. O. González de Cardedal, *Educación y educadores...*, 14.

⁹⁴ Cf. O. González de Cardedal, ‘Educación y educadores. Poros y aporías de la propuesta católica’, en <https://cutt.ly/SyvnZjz> [09/05/20], 9.

⁹⁵ O. González de Cardedal, *Educación y educadores...*, 61.

⁹⁶ Cf. Pacto Educativo Global, *Instrumentum laboris* (2020), 12.

significatividad y, sobre todo, en la mutua y recíproca «confianza»: «creo en ti», «te creo»⁹⁷. La educación, de hecho, es el resultado del encuentro entre dos libertades, dos miradas, dos esperanzas, dos historias que salen de sí y se acogen mutuamente⁹⁸. Se trata de un trabajo verdaderamente «personal» y «artesanal»⁹⁹. “Educar [nos dice el papa Francisco] es un acto de amor, es dar vida”¹⁰⁰. Y amor en educación dice don y reciprocidad¹⁰¹.

En primer lugar, dice «don». “Es exigente, pide utilizar los mejores recursos, despertar la pasión y ponerse en camino con paciencia junto a los jóvenes. En las escuelas católicas el educador debe ser, ante todo, muy competente, cualificado y, al mismo tiempo, rico en humanidad, capaz de estar en medio de los jóvenes con estilo pedagógico para promover su crecimiento humano y espiritual”¹⁰². Al amor, que no tiene miedo a mancharse las manos, suele acompañarle la audacia y esa pizca de «locura» y de intuición necesaria para abrir caminos nuevos¹⁰³; como también le acompaña la «escucha» y el reconocimiento del otro, acogido y valorado en su diversidad. “La educación escucha o no educa. Si no escucha, no educa”¹⁰⁴. Las cosas que realmente son decisivas para la vida solo alcanzan credibilidad cuando son vividas por alguien que está delante de ti, te escucha, te reconoce y te ama.

A la sazón, como en toda relación sana, hablamos de reciprocidad, porque hablamos de un verdadero encuentro personal, un encuentro «educativo»¹⁰⁵. Es cierto que en este encuentro no hay una simetría real: uno es el que educa, conoce el camino, lo ha recorrido, y otro el que, confiado en esa ciencia y en esa sabiduría, se «deja conducir». La relación educativa, por tanto, conserva los rasgos de una verdadera «intervención», sin la cual no hay educación.

⁹⁷ Cf. J. Bergoglio, *Palabras en el Curso de Rectores* (9 febrero 2006). Más allá de los conflictos y riesgos propios de toda relación, los problemas surgen cuando esta confianza y aceptación se rompe y la relación se vive en clave de enfrentamiento, bien entre los sujetos directamente implicados, bien con la participación, en no pocas ocasiones, de las familias y otras instancias sociales o públicas.

⁹⁸ Cf. O. González de Cardedal, *Educación y educadores...*, 61.

⁹⁹ Cf. J. Bergoglio, *Homilía Misa por la educación* (18 abril 2012)

¹⁰⁰ Francisco, *Discurso. Plenaria de la Congregación para la Educación Católica* (13 febrero 2014). Cf., también, Id., *Video mensaje con ocasión del encuentro: “Global Compact on Education. Together to look beyond”* (15 octubre 2020; J. Bergoglio, *Homilía Misa por la educación* (27 abril 2006).

¹⁰¹ Cf. Congregación para la Educación Católica, *Educar al diálogo intercultural en la escuela católica. Vivir juntos para una civilización del amor* (28 octubre 2013), 47.

¹⁰² Francisco, *Discurso. Plenaria de la Congregación para la Educación Católica* (13 febrero 2014).

¹⁰³ Cf. Francisco, *Videomensaje con ocasión del ciberencuentro mundial organizado por la Fundación «Scholas occurrentes»* (5 de junio de 2020).

¹⁰⁴ Cf. Francisco, *Videomensaje con ocasión del ciberencuentro mundial organizado por la Fundación «Scholas occurrentes»* (5 de junio de 2020).

¹⁰⁵ Cf. J. Bergoglio, *Palabras en el Curso de Rectores* (9 febrero 2006).

El educador contempla su actividad desde esta perspectiva: intervenir, de tal manera, como veremos más adelante, que el educando pueda extraer lo mejor de sí mismo en ese proceso de construcción personal del cual solo él puede ser protagonista¹⁰⁶. Mas, dicho esto, la relación educativa no se reduce a una ecuación de «actividad-pasividad». En toda relación educativa es necesario reconocer y valorar, además de la figura del educador, lo que el educando supone y significa tanto para el educador, como para la misma sociedad.

También el adulto recibe del niño, del joven, y esa recepción lo perfecciona y lo purifica. Ello no significa, perdónese el excursus, que el adulto renuncie a su referencia de autoridad, que, como la propia relación educativa, no siempre es vivida pacíficamente, ni está exenta de tensiones. Es necesario, no obstante, saber distinguir entre la autoridad o el poder que otorga un rol institucional y la autoridad que deriva de la credibilidad del testimonio de vida¹⁰⁷. Esta última es la decisiva, porque, en definitiva, es la autoridad que brota del amor e interpela la libertad. El educador es autoridad en el sentido etimológico de la palabra («auctoritas», «augere»): «el que nutre y hace crecer», el que extrayendo algo de dentro de sí, “conduce hacia las verdaderas nutrientes; conduce por el camino de la interioridad hacia lo fontal que nutre, inspira, hace crecer, consolida, misiona”¹⁰⁸. Esto hace de todo educador: un docente, un profesor, un maestro, un testigo¹⁰⁹.

Retomando nuestro discurso, la circularidad recuerda que, de la misma manera que niños y jóvenes necesitan y esperan mucho de los adultos (su palabra, su ejemplo, su tiempo...), aquellos también pueden y tienen mucho que ofrecer con su entusiasmo, sus inquietudes, reivindicaciones, y su sed de algo nuevo, más veraz, justo y solidario. Por eso, los niños, y también, no lo olvidemos, los adolescentes y los jóvenes, tienen más de don, de oportunidad y de gozo que de «problema», aunque, en más de una ocasión, puedan, utilizando una expresión coloquial, sacar de quicio a padres y educadores y, en no pocas ocasiones, ser fuente de preocupación y de sufrimiento. No son un problema, ni una patología; nos educan

¹⁰⁶ Cf. J. Cortés, *La escuela católica: de la autocomprensión a la significatividad*, Madrid 2015, 218.

¹⁰⁷ Cf. Congregación para la Educación Católica, *Educar hoy y mañana. Una pasión que se renueva. Instrumentum laboris* (2014), 10 [III.1.c]

¹⁰⁸ J. Bergoglio, *Palabras en el Curso de Rectores* (9 febrero 2006).

¹⁰⁹ “En la escuela, el educador es docente en cuanto que transmite con autoridad unos conocimientos que permiten al alumno comprender el mundo, es profesor en cuanto que manifiesta de manera natural aquellas creencias que acompañan a lo que transmite, y es maestro desde el momento en el que establece unas relaciones afectivas y efectivas que introducen al alumno en procesos de iniciación, permitiéndole así la experiencia de ser discípulo” (J. Cortés, *La escuela católica...*, 219).

y, desde una mirada de fe, nos evangelizan. Como creyentes, podemos afirmar que Cristo nos habla e, incluso, nos «redime» a través suyo, porque en ellos nos sale al encuentro. De hecho, ¿quién no ha experimentado, al tratar con ellos, que los acogidos, interpelados, sanados y amados somos nosotros mismos?

Hoy, más que nunca, los jóvenes ponen a prueba la incondicionalidad de nuestro amor hacia ellos. “Me basta que seáis jóvenes para amaros”, decía san Juan Bosco. Encontramos esa misma mirada, entrañada de fuerza, amor y ternura, en otro gran santo y apóstol de la juventud, Felipe Neri, y su “sed buenos, si podéis”, porque supo advertir que en el mundo complejo que les hemos dejado no siempre pueden. En definitiva, una educación fructífera no depende fundamentalmente ni de la preparación del profesor, ni de las competencias de los alumnos, sino de la calidad de la relación que se establece entre ellos, una relación que educa a ambos en un intercambio dialógico que los supone y, a la vez, los desborda y supera¹¹⁰.

Junto a la figura del educador, es menester hacer especial mención de la comunidad educativa, pues no somos francotiradores y educar es un «movimiento de equipo»¹¹¹; una comunidad educativa que sea referente, con conciencia de proyecto y de camino, consciente de su identidad y de sus raíces. Esta se revela como escuela de vida, templo del saber, espacio inclusivo de acogida, pertenencia y socialización, que ayuda a educadores y educandos a sentirte parte de algo y de alguien. La escuela y la universidad católica educan, de forma especial, a través del clima que enseñantes, estudiantes, y personal no docente generan, clima entretejido por valores no solo afirmados, sino experimentados en el testimonio de vida, en el cuidado de las relaciones personales y en el buen y profesional hacer de cada uno de sus miembros¹¹². La constitución *Ex corde Ecclesiae* recoge este aspecto e invita, concretamente, a la universidad católica, a ser “una comunidad auténticamente humana, animada por el Espíritu de Cristo”, unida en su común consagración a la verdad, en su visión de la dignidad humana y, en su raíz, en la persona y del mensaje de Cristo que da a la Institución su carácter distintivo¹¹³. Desde este espíritu, la comunidad universitaria, gracias al esfuerzo y a la entrega

¹¹⁰ Cf. Pacto Educativo Global, *Instrumentum laboris* (2020), 13.

¹¹¹ Cf. Francisco, *Discurso. Asamblea plenaria de la Congregación para la Educación Católica* (20 febrero 2020).

¹¹² Cf. Congregación para la Educación Católica, *Educar hoy y mañana. Una pasión que se renueva. Instrumentum laboris* (2014), 5 [II.1].

¹¹³ Juan Pablo II, Const. ap. *Ex corde Ecclesiae* (15 agosto 1990), 21.

de cada uno de sus miembros, cada uno según su propia responsabilidad, se convierte en un referente educativo y evangelizador, espacio de libertad y de caridad, de respeto recíproco, de diálogo sincero, de defensa de la persona y de sus derechos, de promoción de la justicia social y de servicio a la Iglesia y a la sociedad en la que vive, actúa y de la que es parte¹¹⁴. En este servicio merece especial atención el diálogo fecundo entre la fe y la razón, el Evangelio y la cultura, así como la preocupación por todos los que sufren, dentro y fuera de la comunidad académica¹¹⁵. Debe ser propio de nuestras instituciones y centros, en el contexto global y plural en el que vivimos, superar toda cultura del «gueto», para promover, formar y practicar una verdadera cultura del diálogo, que permita un encuentro fecundo y fraterno, en libertad e igualdad, entre las distintas sensibilidades, etnias, creencias y tradiciones culturales o religiosas. La catolicidad apunta también en esta dirección.

En cuanto escuela y universidad católica, nuestros proyectos educativos e idearios, así como nuestros proyectos pastorales, nos recuerdan que somos presencia evangelizadora y testimonio de la Iglesia para impregnar a la persona y la sociedad de los valores del Reino de Dios, presencia viva del Evangelio en el campo de la educación, de la ciencia y de la cultura. Ello implica, en primer lugar, mantener vivo el vínculo con la comunidad cristiana y mantener viva la categoría de «envío» y «misión». La dimensión eclesial de la escuela y de la universidad católica no es un añadido a su identidad, vocación y misión, sino una cualidad propia y distintiva de las mismas que impregna y anima su acción educativa, investigadora y docente¹¹⁶. Los educadores e instituciones educativas cristianas somos Iglesia, enviados por ella, partícipes corresponsables de su misión. La educación, la docencia, la investigación, cuando tienen en mente el bien del otro y de la sociedad, son expresión y manifestación de la encomienda salvífica de Cristo a la Iglesia. A su vez, “es preciso que las instituciones académicas católicas no se aíslen del mundo, sino que entren con valentía en el areópago de las culturas actuales y dialoguen, conscientes del don que tienen para ofrecer a todos”¹¹⁷.

2. Además del papel jugado por la «aldea», Herder subrayó la responsabilidad personal por

¹¹⁴ Cf. Juan Pablo II, Const. ap. *Ex corde Ecclesiae* (15 agosto 1990), 21-26, 30-37.

¹¹⁵ Cf. Juan Pablo II, Const. ap. *Ex corde Ecclesiae* (15 agosto 1990), 43-47.

¹¹⁶ Cf. Congregación para la Educación Católica, *Educación al diálogo intercultural en la escuela católica. Vivir juntos para una civilización del amor* (28 octubre 2013), 86; Juan Pablo II, Const. ap. *Ex corde Ecclesiae* (15 agosto 1990), 27.

¹¹⁷ Francisco, *Discurso. Plenaria de la Congregación para la Educación Católica* (13 febrero 2014).

la que todo individuo se constituye en parte activa y no solo paciente de su propia formación como persona; es decir, se hace protagonista y sujeto de su propio aprendizaje¹¹⁸. Este es uno de los aspectos más subrayados del llamado Plan o Proceso de Bolonia, en el Espacio Europeo de Educación Superior, firmado por la Santa Sede en 2003. Resulta básico para una educación sana, que no uniforme, ni estandarice, ni genere dependencias. El educador, por tanto, deberá estimular en el sujeto las capacidades, competencias, habilidades y actitudes necesarias, para que este se forme también a sí mismo. No en vano, en palabras del filósofo y teólogo alemán, su crecimiento como persona ha sido confiado, en un juego de libertades que se encuentran, “*a su propio cuidado y al de sus semejantes*”¹¹⁹.

Esta es una de las consecuencias de poner a la persona en el centro, como sujeto activo y no como objeto o sujeto paciente de su educación y desarrollo como persona. La «buena educación» es precisamente aquella capaz de «hacer crecer» a la persona, de despertar sus capacidades y su potencial para que pueda sacar lo mejor de ella misma. Será entonces necesario tener muy presente su realidad, su historia, inquietudes y circunstancias. La centralidad de la persona en el proceso educativo no dejaría de ser una bella teoría, a la par que abstracta, si no se está dispuesto a abrir los ojos a la situación real de nuestros alumnos, en no pocas ocasiones marcada por la exclusión, el sufrimiento o la pobreza.

Junto a las capacidades, herramientas, competencias... el educador deberá educar la libertad y la responsabilidad propia del sujeto educando si quiere convertirlo en verdadero protagonista de su propio crecimiento personal. Importa advertir que, cuando, en su libertad, el educando se confía a otro, no reniega de su propia responsabilidad. Debemos ayudarle, en todo momento, a asumir que es él quien debe aprender a tomar su vida en sus manos y ser sujeto de su propia historia. Esta tarea se antoja urgente en el contexto globalizado y virtual en el que vivimos, en el que las instancias educativas clásicas y regladas, especialmente, la familia y la escuela, han perdido su primacía educativa en aras de nuevos y múltiples foros, fuentes de información y aprendizaje, masivo y no controlable, en los que es fácil perderse o abandonarse¹²⁰. Ello obligará al educador, advertía hace unos años el entonces arzobispo Bergoglio, a moverse de forma equidistante y con verdadera humildad entre dos polos:

¹¹⁸ Cf. J. G. Herder, *Ideas para una filosofía...*, 261 [9,1].

¹¹⁹ J. G. Herder, *Ideas para una filosofía...*, 264 [9,1]. La cursiva es mía.

¹²⁰ Cf. Congregación para la Educación Católica, *Educar hoy y mañana. Una pasión que se renueva. Instrumentum laboris* (2014), 10 [III.1.d].

educar, por una parte, en el límite, en el «no todo vale», lo que aportará al joven herramientas y referencias claves para dotar a la vida de arraigo y fundamento, y, a su vez, educar en el horizonte, lo que ayudará al joven a mirar hacia adelante, con esperanza, abierto a múltiples posibilidades, trascendiendo «lo inmediato» para descubrirse en profundidad, y no, en epidermis, como «proyecto», en libertad y responsabilidad. Ambos polos, límites y horizontes, son necesarios. Quedarse en uno o en otro ahoga a la persona, bien en el miedo, bien en la inmadurez de la autorreferencialidad. El educador que se mueve armónicamente en la tensión entre estos dos puntos hace madurar, confía en los jóvenes, reconoce su valor¹²¹. A la sazón, renuncia a apropiarse de ellos; sabe que su misión es «tan solo» ofrecer cauces, discernir y acompañar, para que el prójimo logre su destino como resultado de su propia libertad. Es la discreción del amor.

En este contexto, Herder habla de *la razón y de la experiencia*, como herramientas básicas (él habla de «fuerzas orgánicas») del aprendizaje. El Congreso Internacional sobre Educación de 2015 insistió en este último punto, la experiencia¹²². La universidad y la escuela son, y están llamados a ser, un verdadero laboratorio de experiencias y oportunidades¹²³, que ofrezca a sus estudiantes la oportunidad de salir a la cancha de la vida, como ciudadanos participativos y solidarios. Volveremos más tarde sobre esto.

3. Integrando los dos elementos anteriores, el filósofo alemán remite, finalmente, con una mirada entrañada de fe, a la «Providencia de Dios». La educación, en su sentido y fundamento último, responde al plan salvífico de Aquel que, al crearnos a su imagen y semejanza, selló en nosotros el horizonte y la meta que han de conducir nuestra vida. La

¹²¹ Cf. J. Bergoglio, *Homilía Misa por la educación* (18 abril 2012).

¹²² “La educación no es solo conocimiento, es también experiencia. Ella enlaza saber y actuar, establece la unidad de los saberes y busca la coherencia del saber. Ella comprende el campo afectivo y emocional, también tiene una dimensión ética: saber hacer y saber lo que queremos hacer, osar transformar la sociedad y el mundo, y servir la comunidad. La educación está basada en la participación. La inteligencia compartida y la interdependencia de las inteligencias, el diálogo, el don de sí mismo, el ejemplo, la cooperación, la reciprocidad son igualmente elementos importantes” (Congregación para la Educación Católica, *Educar hoy y mañana. Una pasión que se renueva. Instrumentum laboris* [2014], 8 [III]).

¹²³ Recogemos en estas líneas la gráfica imagen de Nieves Tapia: “Hasta los niños más pequeños saben en Argentina, donde el fútbol es una religión, que una cosa es lo que el entrenador dibuja en el pizarrón en la charla táctica y otra, salir al campo y ponerle pecho al partido. Las instituciones educativas tradicionales son el reino del pizarrón, lugares donde pretendemos educar para la vida a fuerza de teoría y esperamos formar buenos ciudadanos solo con lecturas y debate, como si se pudiera enseñar a los niños a jugar al fútbol en el aula, sin darles la oportunidad de coger una pelota [...]. Ni Messi, Ronaldo, ni nadie aprendió a jugar así” (N. Tapia, ‘Escuelas del presente que ya son la educación del futuro’: *Educatio catholica* 1 [2015] 331).

iconalidad divina, define el ser, la dignidad y vocación más propia del ser humano, y su destino¹²⁴. Y el hombre no puede conformarse con menos. Dios nos ha creado para ser plena y entrañablemente humanos, para ser felices de verdad. Importa advertir el carácter dinámico y procesual de la iconalidad divina grabada y esbozada ya en el corazón del hombre. Es don y, a la vez, tarea, proyecto. Llamados a la comunión y llamados a la comunión con Él, somos y estamos llamados a ser «imagen de Dios»¹²⁵.

Nos detenemos en la intuición herderiana de la educación como «ayuda» a la Providencia. La educación sirve al plan salvífico de Dios que busca el bien y la plenitud del ser humano. En su estructura y proceder, se manifiesta, precisamente, la sabiduría y la bondad del Creador que, con la fuerza de su Espíritu, entra en la historia y ejerce su acción providente a través de hombres y mujeres concretos, elegidos y llamados para sembrar vida y conducir a la humanidad, a cada ser humano, hacia su meta y destino. Dios actúa en y por medio del educador y de la comunidad y estructura educativa. El arte de educar es, por tanto, en todos sus niveles, una vocación humana y divina. En su respuesta, contemplamos cómo el educador no solo abre a ese Misterio de amor que nos precede, sino que él mismo se entrega a Él, experimentando su vocación como llamada, misión recibida y cuidada, incardinado vitalmente en la comunidad eclesial, memoria viva del Resucitado. Ello ha conducido, incluso, a definir la educación como un verdadero «sacerdocio», una auténtica diaconía que implica entrega y sacrificio, y en la que el «magister», en el pleno sentido de la palabra, se constituye en «minister», diácono, servidor¹²⁶. En presencia de Dios, educador y educando

¹²⁴ Cf. J. G. Herder, *Ideas para una filosofía...*, 263 [9, 1], 292 [9, 5].

¹²⁵ Cf. J. G. Herder, *Ideas para una filosofía...*, 264 [9, 1].

¹²⁶ Cf. C. Díaz, *Una Iglesia que piensa*, 42-43; A. M. Pérez Rubio, 'Los maestros y la reforma educativa': *Revista de Educación* 307 (1995) 225-226. Esta dimensión oblativa-vocacional está en el centro de la discusión sobre la identidad docente y el imaginario en torno a la misma. No podemos detenernos en los consabidos debates sobre vocación y profesión; solo, advertir que ambos aspectos no están reñidos, máxime cuando la vocación dista mucho de un «buenismo» voluntarista, pero ineficaz, ajeno a un ejercicio de la docencia con profesionalidad y de calidad. Más bien sucede lo contrario, obligando al educador y a la propia institución educativa a sumergirse en un continuo proceso de cualificación, adaptación y formación permanente. A la sazón, la vocación no excluye, ni suple, el necesario reconocimiento social y laboral del docente, no siempre valorado, con todo lo que ello implica. En la opinión que compartimos de Cortés, se trata de un «falso dilema». Cf. J. Cortés, *La escuela católica...*, 219-220. Sobre las discusiones en torno a la identidad docente, pueden cf., entre otros, los siguientes estudios, con la bibliografía allí indicada: M. Prieto, 'La construcción de la identidad profesional del docente: Un desafío permanente': *Revista Enfoques Educativos* 6 (2004) 29-49; D. Vaillant, 'La identidad docente' en GTDPREAL, *I Congreso Internacional «Nuevas Tendencias en la Formación Permanente del Profesorado»*, Barcelona, 5, 6 y 7 septiembre 2007 [<https://cutt.ly/1uplTIy>, 11/06/20]; C. Day, *Pasión por enseñar. La identidad personal y profesional del docente y sus valores*, Madrid 2006; I. Cantón, 'La docencia universitaria en busca de identidad': *Tropelías* 1 (2017) 64-70.

se encuentran en una relación más profunda de comunión, que libera de toda tentación de proyección, de utilización ideológica, de apropiación. El mismo Herder advierte cómo todo buen educador termina al final, renunciando a sí mismo, descentrándose y expropiándose de sí mismo, haciéndose a un lado, cual actor que sabe que tarde o temprano debe abandonar la escena¹²⁷. Sabe bien que, en su quehacer cotidiano, ha estado pisando terreno sagrado. La educación “es un bello riesgo y una aventura que no dominamos nosotros porque, en última instancia, se decide y resuelve en aquel misterioso diálogo que cada hombre mantiene consigo mismo y que termina siendo un hablar cara a cara con Dios”¹²⁸.

En el ámbito católico, no podemos olvidar el carácter eclesial, y también social, de esta llamada. Hemos hecho ya referencia a ello. El educador, repetimos, no es un francotirador, sino un compañero de camino. En definitiva, todo el proceso educativo constituye en sí un ejercicio de trascendencia, un constante «salir de sí», una profunda experiencia de encuentro, que, como vemos, implica a todos sus agentes.

7 Competentes en humanidad. Ser, amar, adorar.

Todo el quehacer educativo, en definitiva, apunta al desarrollo integral de la persona humana y al bien común. No solo informa, forma. Y esta labor, incluida la educación en valores y en la fe, no es solo cosa de una asignatura, llámese ética, ciudadanía o humanismo, ni siquiera del departamento de pastoral de nuestras instituciones. Es tarea de todos.

La educación, venimos diciendo, no se preocupa solo de técnicas y habilidades. Es saber de cosas y, sobre todo, saber de vida. Es enseñar a mirar, a asombrarse, a conocer y leer a fondo la realidad (de ahí la centralidad de la investigación en el ámbito universitario), empezando por la propia; es ayudar a pensar y a ser críticos, a hacerse preguntas, como decíamos arriba, hondas, de las de verdad, a no dejar de aprender, a discernir y decidir. Educar es enseñar a comprender y comprender interdisciplinariamente la realidad; habilitar para transformarla, para intervenir creativamente en ella, profesional, personal y comunitariamente; educar es enseñar a dialogar y convivir, a descubrir el propio destino, a trabajar y esperar, a renunciar y callar en ocasiones, también a hablar, a aportar, a agradecer. Es, en definitiva, enseñar a ser

¹²⁷ Cf. J. G. Herder, *Ideas para una filosofía...*, 265-266 [9, 1].

¹²⁸ O. González de Cardedal, *Educación y educadores...*, 104.

libres y responsables, a entregarse, a comprometerse, a amar. La verdadera sabiduría es el arte de vivir.

Todo esto nos lo recuerdan las famosas competencias que caracterizan desde hace unos años nuestras programaciones, objetivos y planes de estudios. Son, sin duda, con sus posibilidades y límites, una prueba indispensable para la calidad de nuestra enseñanza. Con todo, en una educación no solo para la vida, sino en la vida, debemos advertir algo, a nuestro juicio, fundamental: ser persona es, ante todo, ser «competente en humanidad»¹²⁹. Ello, sin duda, va más allá del debate sobre el esquema constructivista o eficientista de las competencias. Por ahí discurre el camino de la vida feliz de toda persona. Y es aquí donde nos jugamos de verdad la excelencia y la calidad de nuestra enseñanza. Ello supone, ciertamente, un largo itinerario en el que el acompañamiento y el discernimiento se antoja esencial. Hay que cultivar una determinada manera de ver, de pensar, de convivir y de sentir. Transmitimos no solo saberes, sino ideales de vida, razones para creer, esperar y amar, para agradecer y celebrar. Teilhard de Chardin resumió todo este proceso en tres grandes momentos, íntimamente relacionados entre sí¹³⁰:

1. *El reencuentro con la alegría del ser*. La Iglesia ha concebido siempre su misión educadora desde la perspectiva integral de la persona, porque no se trataba únicamente de transmitir ideas, conocimientos, técnicas o habilidades, sino de formar la persona según el modelo del nuevo Adán, Humanidad nueva, que es Cristo¹³¹. Si queremos saber lo que significa «ser» y «ser persona» basta con mirarle a Él. Siguiendo sus pasos, sus huellas, yendo por Él, decía san Agustín, no nos perderemos jamás¹³².

Remitimos en este punto a lo ya dicho sobre el sentido y la dimensión vocacional de nuestra existencia. Experimentar y celebrar el gozo de ser nosotros mismos, acoger y celebrar la vida como don en gratitud y gratuidad, y descubrir ese tesoro que llevamos dentro en vasijas de barro, nos sitúa ante la necesidad de trabajar nuestro interior y de llevar una vida unificada,

¹²⁹ “La educación tiene el reto no solo de proporcionar sólidas competencias para el mundo de hoy y de mañana, sino también de contribuir a la formación de ciudadanos con principios éticos, comprometidos en la construcción de la paz, en la defensa de los derechos humanos y de los valores democráticos” (I. Fiorin, ‘La educación de frente al futuro’, 121).

¹³⁰ Cf. P. Teilhard de Chardin, *Sobre el amor y la felicidad*, Madrid 1997, 82-89.

¹³¹ Cf. P. Poupard, ‘Santo Tomás de Aquino y la vocación de la Universidad Católica’: *Prudentia iuris* 60 (2005) 29.

¹³² Cf. Agustín, *Sermo* 92, 3, 3.

con dirección y sentido. No es tarea fácil, pues vivimos dispersos y en medio de muchos ruidos. Psicólogos y educadores advierten de la dificultad de construir una visión unificada del yo, así como del sufrimiento que conlleva una existencia fragmentada. Esta dificultad es aún mayor, si cabe, cuando es vivida en soledad, pues no siempre la interconectividad y la globalización es sinónimo de cercanía real y fraterna, máxime en medio de una cultura que excluye y descarta, a la vez que niega a los jóvenes no solo su futuro, sino también el presente¹³³.

Por eso, educar la capacidad simbólica del hombre, la interioridad, la mirada contemplativa de la vida, y enseñar a hacer una lectura creyente de la realidad para descubrir el rastro y el rostro de Dios en la historia y en nuestra historia, sobre todo, en esas experiencias fundantes y configuradoras de nuestra existencia, constituyen retos ineludibles en una educación que quiera crear lazos, capacitar para el encuentro, despertar personas. En palabras de Bonhoeffer: “Quien no aprende a entrar dentro de sí y a escucharse en profundidad, no escuchará ni a Dios ni a los demás”. Mas la interioridad de la que hablamos, como ya hemos dicho, dista mucho de un intimismo narcisista o neognóstico¹³⁴. La auténtica espiritualidad es aquella que favorece los encuentros.

2. «Des-centramiento» o la alegría del amar. Educar para la trascendencia, para el encuentro, quizá no sea otra cosa que acompañar el aprendizaje de amar. El amor es, de hecho, o debería serlo, la primera condición de la educación¹³⁵. Así describe Hannah Arendt la tarea educativa: “La educación es el punto en el que decidimos si amamos el mundo lo bastante como para asumir una responsabilidad por él y así salvarlo de la ruina [...]. También mediante la educación decidimos si amamos a nuestros hijos lo bastante como para no arrojarlos de nuestro mundo y librarlos a sus propios recursos, ni quitarles de las manos la oportunidad de emprender algo nuevo, algo que nosotros no imaginamos, lo bastante como para prepararlos con tiempo para la tarea de renovar un mundo común”¹³⁶. Educar, en consecuencia, supone,

¹³³ Cf. Pacto Educativo Global, *Instrumentum laboris* (2020), 13. Los elevados índices de suicidios de adolescentes y jóvenes deberían alertarnos sobre este sufrimiento.

¹³⁴ Cf. Francisco, Exh. ap. *Gaudete et exsultate* (19 marzo 2018), 36-47.

¹³⁵ Cf. I. Fiorin, ‘La educación de frente al futuro’, 120.

¹³⁶ H. Arendt, *Entre el pasado y el futuro. Ocho ejercicios sobre la reflexión política*, Barcelona 1996, 208.

por parte de todos, una toma de responsabilidad por quién soy en el mundo y para los otros¹³⁷. A finales del siglo pasado, y en pleno debate sobre la identidad de la institución universitaria, la UNESCO apeló directamente a esta responsabilidad: “La educación superior debe reforzar sus funciones de servicio a la sociedad, y más concretamente sus actividades encaminadas a erradicar la pobreza, la intolerancia, la violencia, el analfabetismo, el hambre, el deterioro del medio ambiente y las enfermedades, principalmente mediante un planteamiento interdisciplinario y transdisciplinario para analizar los problemas y las cuestiones planteados”¹³⁸. Asimismo, “las instituciones de educación superior deben formar a los estudiantes para que se conviertan en ciudadanos bien informados y profundamente motivados, provistos de un sentido crítico y capaces de analizar los problemas de la sociedad, buscar soluciones para los que se planteen a la sociedad, aplicar éstas y asumir responsabilidades sociales”¹³⁹. Según el Comunicado de la Conferencia de Ministros Europeos Responsables de la Educación Superior de Bergen, celebrada el 10 y 20 de mayo de 2005, “los estudios superiores y la investigación han de apuntar al desarrollo económico, cultural de nuestras sociedades y a la cohesión social”¹⁴⁰. No queremos olvidar aquí, junto a todas las aportaciones que la universidad puede aportar en el campo científico, cultural y social, el aporte específico de la belleza, de la educación en la belleza y de esta como itinerario educativo, como fuerza transformadora de la sociedad. Recordamos a Dostoievski: “La belleza salvará al mundo”¹⁴¹.

La educación superior, en consecuencia, debe comprometerse con y en la sociedad. Esto no solo afecta a todos los miembros de la comunidad universitaria como ciudadanos, sino a las propias universidades como institución¹⁴², y, de forma especial, nos atrevemos a decir, a las universidades católicas, que nacen «ex corde Ecclesiae», como Iglesia que piensa y actúa,

¹³⁷ Cf. A. Lorena, ‘Pensamientos sobre responsabilidad y educación: un perfil de Hannah Arendt como educadora’: *Lectora* 22 (2016) 139.

¹³⁸ UNESCO, *Conferencia Mundial sobre la educación superior. Declaración mundial sobre la educación superior en el siglo XXI. Visión y acción* (9 octubre 1998), art. 6b.

¹³⁹ UNESCO, *Conferencia Mundial sobre la educación superior. Declaración mundial sobre la educación superior en el siglo XXI. Visión y acción* (9 octubre 1998), art. 9b.

¹⁴⁰ Comunicado de la Conferencia de Ministros Europeos Responsables de la Educación Superior, Bergen 2005, III.1

¹⁴¹ F. Dostoievski, *El Idiota*, III, 5. Cf. Juan Pablo II, *Carta a los artistas* (4 abril 1999), 16.

¹⁴² Cf. S. Berjan, ‘La educación superior en Europa’: *Cristianismo, universidad y cultura* 8 (2007) 61-68.

para sumergirse como levadora y sal «in corde mundi»¹⁴³.

Ante la idea conservadora de un sistema educativo que sirve al «status quo» establecido, se impone la idea de la educación como elemento clave de transformación de la sociedad¹⁴⁴. Recuperamos aquí el mensaje del entonces arzobispo Bergoglio a las comunidades educativas en 2004: “El único motivo por el cual tenemos algo que hacer en el campo de la educación es la esperanza en una humanidad nueva, en otro mundo posible. Es la esperanza que brota de la sabiduría cristiana, que en el Resucitado nos revela la estatura divina a la cual estamos llamados”¹⁴⁵. “Si nuestras escuelas no son el espacio donde se está creando otra humanidad, donde arraiga otra sabiduría, donde se gesta otra sociedad, donde tienen lugar la esperanza y la trascendencia, estamos demorando un aporte único en esta etapa histórica. Si en ellas no se privilegian la palabra y el amor por sobre los mecanismos del dominio y la rivalidad, no podemos hablar de escuela cristiana. Si en ellas la «excelencia» no se entiende como excelencia de la caridad, que supera a todas las demás «virtudes» (y habilidades), lejos está la Resurrección de nuestras casas”¹⁴⁶. La excelencia de la solidaridad ha de ser nuestro sello de calidad. Y la esperanza, nuestra fuerza. Para ello, habrá de ser fecunda. “No basta con ser «buenos» y «generosos»: hace falta ser inteligentes, capaces, eficaces”¹⁴⁷. Esto dota, sin duda, al propio estudio y aprendizaje, a la investigación y a la docencia, de un sentido nuevo, «pro-vocativo» y esperanzador, no muy distinto, en definitiva, del sentido que se da a la propia existencia.

Acompañar el aprendizaje de amar y servir nos ayuda a recuperar aquella dimensión solidaria y de servicio propia del estudio y, de forma expresa, del estudio universitario y de la investigación científica. La solidaridad, ciertamente, es mucho más que un voluntariado de un rato; es un modo de comprenderse y de vivirse, de comprender la vida y de vivirla; es una

¹⁴³ Cf. C. Díaz, *Una Iglesia que piensa*, 122-124. Esta fue ya una de las claves de la constitución apostólica *Ex corde Ecclesiae*. En su servicio a la sociedad, en la que está inmersa, la capacidad investigadora de la universidad católica, como cualquier otra universidad, deberá volcarse, sin miedo a incomodar, en el estudio de los grandes problemas contemporáneos como la dignidad de la persona humana, la calidad de vida, la promoción de la justicia y de la paz, la protección de la naturaleza, la igualdad social y un nuevo ordenamiento político y económico más justo, equitativo y solidario, que sirva mejor a la comunidad humana. Cf. Juan Pablo II, Const. ap. *Ex corde Ecclesiae* (15 agosto 1990), 32.

¹⁴⁴ “Nuestro objetivo no es educar a personas que sean útiles a la sociedad, sino que puedan transformarla” (J. Bergoglio, *Mensaje a las comunidades educativas* [21/04/2004]).

¹⁴⁵ J. Bergoglio, *Mensaje a las comunidades educativas* (21/04/2004).

¹⁴⁶ J. Bergoglio, *Mensaje a las comunidades educativas* (21/04/2004).

¹⁴⁷ J. Bergoglio, *Mensaje a las comunidades educativas* (21/04/2004).

manera de situarte ante la vida, de comprenderte a ti mismo, que te configura y empapa todos los aspectos y dimensiones de tu persona, y, entre ellos: el estudio. Se impone así el paradigma del «servicio» como propuesta de arraigo y fundamento de la comunidad educativa a las nuevas generaciones, dotando al estudio de un sentido nuevo, desde la firme convicción de que trabajar por los demás es la mejor manera de trabajar por el crecimiento personal¹⁴⁸. En definitiva, se trata de «saber para ser» y de «saber para servir»¹⁴⁹. La lógica del Evangelio nos recuerda que soy más cuanto más me entrego; que no soy, ni me comprendo, si no existo para los demás. Vivo más «centrado», cuanto más capaz soy de «descentrarme», en una doble expropiación de mí mismo hacia el prójimo y Dios.

En esta línea se sitúa el llamado «service-learning» o «aprendizaje-servicio», que tuvo también su importancia y protagonismo en el citado Congreso Internacional sobre Educación de 2015¹⁵⁰. La propuesta es clara: aprender haciendo para el bien común. Releyendo de forma actual y nueva la pedagogía liberadora de Pablo Freire, se trata de aprender a aprender a resolver problemas de nuestra sociedad. Para ello, hay que abrir el aula y en una doble dirección: dejar entrar a la realidad, analizarla, comprenderla, hacerla propia; y, por otro, salir hacia ella, salir a las periferias para implicarnos en ellas desde proyectos, acciones y servicios concretos, protagonizados por los estudiantes y articulados intencionadamente con los contenidos de aprendizaje¹⁵¹. Aquí entra el protagonismo de los educadores que planifican los proyectos de manera que no solo sirvan a la comunidad y al bien común, sino que articulen, en un mismo proyecto pedagógico, contenidos curriculares, reflexión sobre la práctica, desarrollo de competencias para la ciudadanía y el trabajo, investigación... En verdad, hace falta saber mucho más para resolver un problema real que para aprobar un examen; el esfuerzo siempre es mayor. En este contexto destaca la experiencia, tan querida por el papa Francisco, de *Scholas ocurrentes (Escuelas para el encuentro)*, concebida ante todo como experiencia de fraternidad. Esta red, que integra proyectos e iniciativas de escuelas y comunidades educativas de diferentes países y credos, con el objetivo de favorecer la paz

¹⁴⁸ Cf. I. Fiorin, 'La educación de frente al futuro', 120-122.

¹⁴⁹ Cf. M. Alom, 'L'engagement social des universités catholiques' : *Educatio catholica* 1 (2015) 94.

¹⁵⁰ Cf. N. Tapia, 'Escuelas del presente...', 125-133.

¹⁵¹ Cf. N. Tapia, 'El aprendizaje-servicio en Argentina y América Latina: estado de la cuestión y perspectivas de desarrollo', en A. González – R. Montes (comp.), *Aprendizaje y servicio solidario en la Educación Superior y en los sistemas educativos latinoamericanos* "Actas del 7mo. Seminario Internacional «Aprendizaje y Servicio Solidario», Buenos Aires 2004, 122-125; Id., 'Escuelas del presente...', 129.

y la fraternidad entre los pueblos, tuvo su origen en las «Escuelas de Vecinos» y «Escuelas Hermanas», impulsadas hace veinte años en Buenos Aires, por su entonces arzobispo, Bergoglio, que integraba a jóvenes de diferentes escuelas, con el fin de educar a los jóvenes en el compromiso por el bien común. Juego, arte, pensamiento, creatividad, tecnología y deporte se funden en el sueño, como reza su web, de una educación, abierta al encuentro con el otro, que nos devuelva el contacto con la vida para, desde allí, crear un nuevo mundo¹⁵². La educación tiene que ser en sí misma una experiencia de encuentro y fraternidad. Es lo propio de una educación «en salida», de puertas abiertas. Y los «milagros», en ella, son posibles: “Yo vi en *Scholas* profesores y alumnos japoneses bailando con colombianos. ¡Es imposible! Yo lo vi. Vi a los jóvenes de Israel jugando con los de Palestina. Lo vi. A los estudiantes de Haití pensando con los de Dubái. A los niños de Mozambique pintando con los de Portugal... Vi, entre Oriente y Occidente, un olivo creando cultura del encuentro”¹⁵³. La educación dota de alma al estudio para que el estudio dote de alma al individuo. Si vivo solo desde el «tener» y el «hacer», seguramente solo estudiaré desde estas claves; y si estudio «solo para hacer y tener», puedo terminar viviendo para esas claves. El sentido y la razón que doto a mi estudio se torna entonces esencial. Con la mirada puesta en el bien común, el paradigma del servicio posibilita, salvada la lúcida crítica de Horkheimer¹⁵⁴, una real y necesaria reconciliación entre la razón instrumental, que comprende el conocimiento de cómo intervenir en el mundo y transformarlo, y el saber propio de la razón crítica, que parte de la comprensión del lugar que ocupamos en el mundo, y nos impele a la construcción de una sociedad más humana y humanizadora. Mientras ambas racionalidades se den la espalda, pierde el ser humano y pierde la sociedad. La racionalidad crítica ha de ayudar a la instrumental a descubrir y discernir que el desarrollo no es válido a cualquier precio. Pone en cuestión a quién sirve. Mas, sin esta última, no es posible un progreso realista y práctico que sea humanizador¹⁵⁵. La sociedad y el ejercicio mismo de la solidaridad necesitan de la

¹⁵² Cf. Scholas, ‘¿Quiénes somos?’ en <https://www.scholasoccurrentes.org/sobre-scholas/> [15/06/20]; D. Stigliano, ‘¿Qué es Scholas?’ en <https://cutt.ly/FujM682> [15/06/20].

¹⁵³ Francisco, *Videomensaje con ocasión del ciberencuentro mundial organizado por la Fundación «Scholas occurrentes»* (5 de junio de 2020).

¹⁵⁴ Cf. M. Horkheimer, *Crítica de la razón instrumental*, Madrid 2002.

¹⁵⁵ Recordamos al respecto la célebre frase del activista norteamericano Walter Reuther, grabada en el pedestal del memorial que en Heritage Port en Wheeling, se alzó en 2006 en su honor: “No hay mayor llamado que servir a tu prójimo. No hay mayor contribución que ayudar a los débiles. No hay mayor satisfacción que haberlo hecho bien”. Cf. B. Carney, *Legendary Locals of Wheeling*, en <https://cutt.ly/norunQI> [1/07/20].

compenetración e interrelación de ambos saberes. Esta reconciliación es clave en el mundo de la universidad y en el servicio que esta puede ofrecer a la sociedad, por una parte, como institución investigadora y lanzadera al mundo profesional de profesionales capaces y cualificados, y, por otra, como institución pensante, generadora de cultura, crítica y comprometida. Pero no olvidemos que detrás de estas «racionalidades» lo que hay son personas, estudiantes, docentes, investigadores... cuyo estudio y sabiduría van a constituir la mejor herramienta social para el desarrollo de la sociedad. El estudio deviene así en un instrumento solidario de primer orden si vuelve a ser comprendido no solo como un paso necesario para labrar un futuro personal, sino como la respuesta permanente a una llamada a «servir» en el sentido pleno de la palabra a la sociedad.

Por otra parte, no debe asustarnos una orientación «instrumental» y profesional del estudio. Quienes buscamos un mundo mejor y más justo, tenemos que comenzar por asumir un primer compromiso con los jóvenes y responder eficazmente a la problemática acuciante del trabajo juvenil, optando por una educación y una acción formativa que fortalezcan la adquisición de un cuadro de competencias y de valores personales y sociales que favorezcan la inserción profesional y laboral del joven¹⁵⁶. Entre estas competencias, dada la movilidad del mercado laboral, y de la vida en general, habría que priorizar el aprender a aprender, la ilusión por no estancarse, la pasión por conocer, y a la vez, la pasión por «ignorar»¹⁵⁷, es decir, por un saber no posesivo, contemplativo, capaz de asombro y admiración. Detrás de cada estudiante está la oportunidad de alguien que con su trabajo puede continuar la labor creadora de Dios, que nos confía la tierra para cuidarla, y someterla al servicio de un cielo nuevo y de una tierra nueva.

Desde aquí podremos hablar de una espiritualidad del estudio fundamentada en la llamada y de una ética del estudio fundamentada en la solidaridad¹⁵⁸. No en vano, san Agustín estableció la íntima relación entre conocer y amar. Se conoce lo que se ama. Se ama lo que se conoce. El mero hecho de estudiar supone, para todos, un auténtico ejercicio de constante

¹⁵⁶ Cf. A. Miranda, 'Creatividad e iniciativa de los jóvenes en el surgir de nuevas figuras profesionales': *Misión joven* 47 (2007) 55-56; UNESCO, *Conferencia Mundial sobre la educación superior. Declaración mundial sobre la educación superior en el siglo XXI. Visión y acción* (9 octubre 1998), art. 7; Congregación para la Educación Católica, *Educación hoy y mañana. Una pasión que se renueva. Instrumentum laboris* (2014), 15, [III, 2c].

¹⁵⁷ Cf., al respecto, O. González de Cardedal, *Educación y educadores...*, 136.

¹⁵⁸ Cf. JEC, *La Universidad que queremos. Documento para la reflexión y el debate público. Campaña 2001-2002* (2001), 54-55.

«des-centramiento», que pone en juego una serie de actitudes sin las cuales la solidaridad se torna imposible: confianza, libertad, responsabilidad. Ello posibilita: frente al individualismo, la cooperación, el compañerismo; frente a la ley del mínimo esfuerzo, el estudio riguroso, responsable y crítico, creativo y participativo; frente a la estrechez de las leyes del mercado, un estudio comprometido con la realidad, capaz de relacionar lo estudiado con la problemática de la realidad, capaz de aprovechar los cauces de la investigación para poner los propios conocimientos al servicio de la sociedad, sin dejar de aprender constantemente de ella.

3. «Sobre-centrarse». *La alegría de creer, alegría de adorar*

En último lugar, Teilhard de Chardin habla de «sobre-centrarse» y de adorar. Al igual que despertamos a la vida personal ante la realidad del prójimo, nuestro yo despierta definitivamente ante la realidad de Dios. “Para ser plenamente nosotros mismos nos vemos obligados a ampliar la base de nuestro ser, nos vemos obligados a unirnos «al Otro»”¹⁵⁹, reconducir nuestra vida más allá y por encima de nosotros mismos. Ser, amar, adorar. He ahí el gran secreto de la felicidad¹⁶⁰.

Nos detenemos en este punto en la relación que existe entre la evangelización, como anuncio explícito de la buena noticia del Evangelio y de la propia persona de Jesucristo, y la educación y las diversas instancias educativas, expresamente, la universidad católica. La misión de la universidad católica, dirá el cardenal Poupard, no está completa, de hecho, sin esta referencia a la evangelización, que no supone un añadido a su misión, sino que brota de su identidad creyente, eclesial, e impregna su ser y actuar, su misión investigadora, educativa y docente, con el estilo y el acento propio del quehacer universitario¹⁶¹.

Podemos, al respecto, sin negar sus matices propios, afirmar de la universidad lo que afirmamos de todo creyente y de la comunidad cristiana. Pertenece al amor compartir aquello que te llena la vida. Y el cristiano sabe bien que la vida no es lo mismo con Cristo Jesús que sin Él, que no es lo mismo construir el mundo con su Evangelio y de la mano de su Espíritu,

¹⁵⁹ T. de Chardin, *Sobre el amor...*, 76.

¹⁶⁰ Cf. T. de Chardin, *Sobre el amor...*, 78, 85.

¹⁶¹ Cf. P. Poupard, ‘Santo Tomás de Aquino...’: *Prudentia iuris* 60 (2005) 37; Juan Pablo II, *Discurso. Congreso Universidades Católicas* (25 abril 1989), 5; Id., Const. ap. *Ex corde Ecclesiae* (15 agosto 1990), 49; Congregación para la Educación Católica - Consejo Pontificio de la Cultura - Consejo Pontificio para los Laicos, *Presencia de la Iglesia en la universidad y en la cultura universitaria* (22 mayo 1994), nota pr.

que hacerlo abandonados a nuestra propia razón y fuerzas. Con Él, la vida se vuelve mucho más plena y todo cobra sentido. Por eso evangelizamos¹⁶². A este respecto, el primer párrafo de la constitución apostólica *Veritatis gaudium* nos parece fundamental: “La alegría de la verdad manifiesta el deseo vehemente que deja inquieto el corazón del hombre hasta que encuentre, habite y comparta con todos la Luz de Dios. La verdad, de hecho, no es una idea abstracta, sino que es Jesús, el Verbo de Dios en quien está la Vida que es la Luz de los hombres (cf. Jn 1,4); el Hijo de Dios que es a la vez el Hijo del hombre. Solo Él, «en la misma revelación del misterio del Padre y de su amor, manifiesta plenamente el hombre al propio hombre y le descubre la grandeza de su vocación»”¹⁶³. En definitiva, poseemos en Jesucristo un principio y una plenitud de sabiduría que no tenemos derecho a retener¹⁶⁴. De la alegría de creer brota inexorablemente la alegría de evangelizar. La tarea es hermosa y grande: no en vano, el ser humano “alcanza la suprema grandeza cuando llega, por la palabra o el silencio a ser testigo transparente de Dios”¹⁶⁵.

Tal misión pastoral, enseña el documento conjunto de la Congregación para la Educación Católica, y de los Pontificios Consejos de la Cultura y para los Laicos, *Presencia de la Iglesia en la universidad y en la cultura universitaria* (1994), comporta dos aspectos dentro del ámbito universitario: un primero, subjetivo o personal, dirigido a la evangelización de las personas, y otro, objetivo, que consiste en la evangelización de la cultura, en el diálogo entre la fe y las diversas disciplinas del saber¹⁶⁶. En ambos, la universidad católica se descubre como realidad evangelizada y evangelizadora.

En el aspecto subjetivo, “la Iglesia entra en diálogo con las personas concretas –hombres y mujeres, profesores, estudiantes, empleados–, y por medio de ellos, aunque no exclusivamente, con las corrientes culturales que caracterizan ese ambiente”¹⁶⁷. El anuncio nace, en primer lugar, del testimonio de la comunidad educativa de unos valores y de un proyecto identitario común, que nace y brota del Evangelio y de su propia identidad cristiana, un proyecto que pone en el centro los valores del Reino de Dios, tal como fueron vividos por

¹⁶² Cf. Francisco, Exh. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 121, 266.

¹⁶³ Francisco, Const. ap. *Veritatis gaudium* (8 diciembre 2017), proem. 1.

¹⁶⁴ Cf. J. Bergoglio, *Mensaje a las comunidades educativas* (2004)

¹⁶⁵ O. González de Cardedal, *Educación y educadores...*, 234.

¹⁶⁶ Cf. Congregación para la Educación Católica - Consejo Pontificio de la Cultura - Consejo Pontificio para los Laicos, *Presencia de la Iglesia en la universidad y en la cultura universitaria* (22 mayo 1994), II.1.

¹⁶⁷ Congregación para la Educación Católica - Consejo Pontificio de la Cultura - Consejo Pontificio para los Laicos, *Presencia de la Iglesia en la universidad y en la cultura universitaria* (22 mayo 1994), II.1.

Jesús. Inestimable es la labor de la pastoral universitaria, también en el ámbito de las universidades no católicas, así como el testimonio sencillo y discreto de muchos rostros, a través de los cuales, Cristo se ha hecho el encontradizo. “No olvidemos [advierde Poupard] que, a lo largo de la historia, la Universidad ha sido lugar de encuentro con Cristo vivo, gracias a las amistades surgidas en su seno, a la acción persuasiva y eficaz del profesor, o a la labor callada y humilde del personal no docente”¹⁶⁸. En este contexto, ante todo testimonial, tiene sentido la oferta, con pleno respeto de la libertad de cada uno y del ambiente escolástico, de espacios y momentos de anuncio explícito de la propuesta cristiana, es decir, de la propia persona de Jesucristo como sentido de la vida, del cosmos y de la historia¹⁶⁹. Deberemos, para ello, revisar constantemente nuestro discurso y praxis sobre Dios a la luz siempre nueva del Evangelio, sin olvidar el momento actual de conversión pastoral y misionera que vive la Iglesia, que nos invita a liberarnos de la seguridad del «siempre se ha hecho así», para abrir caminos nuevos. A este respecto, la exhortación *Christus vivit* exige de la pastoral de nuestros centros, escuelas y universidades una urgente autocrítica y alerta contra esa fobia al cambio, que la convierte en un búnker frente a los errores «de afuera». El papa, recogiendo el sentir del sínodo de los jóvenes, advierte que una pastoral, concentrada en una instrucción religiosa «segura», termina siendo ineficaz, porque no prepara a los jóvenes a confrontarse con un mundo que ridiculiza muchas de las propuestas religiosas recibidas, ni provoca experiencias de fe perdurables¹⁷⁰.

La escuela y la universidad siguen siendo esenciales como espacio de evangelización de los jóvenes. Para ello, la formación espiritual irá acompañada de la oferta de la mejor cultura, de propuestas de arraigo y fundamento, de preguntas e interrogantes, que, en lugar de anestesiar a los jóvenes, los provocan en la búsqueda radical de sentido¹⁷¹. No quisiéramos olvidar que Teilhard de Chardin hablaba explícitamente de la «alegría de adorar». Dejamos para la reflexión la posibilidad de que tanto la escuela como la universidad puedan ser ámbitos gozosos y fecundos de encuentro real y comunión con el Señor, donde no solo se hable de Él en tercera persona, sino que se sea capaz del balbucear un «tú» orante y confiado, conscientes

¹⁶⁸ P. Poupard, ‘Santo Tomás de Aquino y la vocación de la Universidad Católica’: *Prudentia iuris* 60 (2005) 37.

¹⁶⁹ Cf. Francisco, *Discurso. Plenaria de la Congregación para la Educación Católica* (13 febrero 2014).

¹⁷⁰ Cf. Francisco, Exh. ap. post. *Christus vivit* (25 marzo 2019), 221.

¹⁷¹ Cf. Francisco, Exh. ap. post. *Christus vivit* (25 marzo 2019), 223.

de que no es lo mismo «estar con Él», que con nuestros conceptos¹⁷². El mensaje que el Evangelio encierra es vida plena para el joven y apunta a la construcción de un cielo y una tierra nuevos, de la que los jóvenes, «ahora de Dios», han de ser protagonistas¹⁷³. Todo ello es motivo de celebración y agradecimiento. Cristo “vive y te quiere vivo”. “Joven, a ti te lo digo ¡levántate! (Lc 7,14)”¹⁷⁴.

En el ámbito objetivo, esta dimensión evangelizadora adquiere unos rasgos propios que recogen ya de forma lúcida los nn. 132-134 de la exhortación *Evangelii gaudium*, a propósito de la evangelización de la cultura y de las culturas profesionales, científicas y académicas. Pertenece directamente al ámbito de la educación católica el dar razón de la propia esperanza (y capacitar para ello) en cada cultura y en un diálogo real con la cultura, la razón y las ciencias. Recogiendo y desarrollando lo afirmado por sus antecesores en *Ex corde Ecclesiae*, *Fides et ratio*, y en Ratisbona, el papa Francisco subraya cómo fe, razón y ciencias están llamadas a encontrarse y fecundarse mutuamente, no solo en el ámbito del saber, sino de la propia evangelización. Por una parte, como ya había afirmado en *Lumen fidei*, la fe es capaz de ensanchar el horizonte de la razón. Recordamos las palabras de san Agustín «intellege ut credas; crede ut intellegas». La fe no es esa luz ilusoria que impide a los hombres seguir la audacia del saber. Enraizada en el don que Dios hace de sí mismo, como sujeto, no objeto, que se entrega y se da a conocer, enraizada en una memoria mucha más grande que nuestra propia subjetividad, la fe es capaz de iluminar no solo la razón, sino la existencia humana, su dignidad, los fundamentos de la vida, las relaciones sociales, las raíces últimas de la fraternidad, el dolor, la búsqueda de la verdad, la búsqueda de Dios¹⁷⁵. En consecuencia, también la mirada de la ciencia se beneficia de la fe. Esta invita al científico a abrirse y maravillarse ante la realidad en toda su riqueza; ensancha la razón para iluminar mejor el mundo y comprenderlo en su totalidad, también en su dimensión trascendente¹⁷⁶. La teología, inserta en la misión salvífica de la Iglesia dentro del ámbito universitario, puede contribuir de forma significativa en esta tarea, al aportar al saber y a las distintas disciplinas esa orientación, significado y sentido que, en última instancia, nace y brota de la Revelación y

¹⁷² Cf. F. Martínez, *Dejarnos hablar por Dios*, Barcelona 2006, 79.

¹⁷³ Cf. Francisco, Exh. ap. post. *Christus vivit* (25 marzo 2019), 174-178.

¹⁷⁴ Francisco, Exh. ap. post. *Christus vivit* (25 marzo 2019), 1 y 18, respectivamente.

¹⁷⁵ Cf. Francisco, Carta enc. *Lumen fidei* (29 junio 2013), donde desarrolla todos y cada uno de estos aspectos.

¹⁷⁶ Cf. Francisco, Carta enc. *Lumen fidei* (29 junio 2013), 34.

de la fe¹⁷⁷. En este sentido, resulta fecunda la llamada que hace el papa en *Veritatis gaudium* a la transdisciplinariedad de la investigación y del estudio, no solo en su forma «débil», como modo de abordar una cuestión desde varios puntos de vista; sino, sobre todo, en su forma «fuerte», como “ubicación y maduración de todo el saber en el espacio de Luz y de Vida ofrecido por la Sabiduría que brota de la Revelación de Dios”¹⁷⁸. Por otra parte, *Evangelii gaudium* advierte que, cuando algunas categorías de la razón y de las ciencias son acogidas en el anuncio del mensaje, estas se convierten en instrumentos de evangelización, que favorecen un nuevo discurso de la credibilidad, una apologética (en el mejor sentido de la palabra), nueva y original, que ayuda a crear las disposiciones para que el Evangelio pueda ser escuchado por todos. “Es el agua convertida en vino. Es aquello que, asumido, no solo es redimido, sino que se vuelve instrumento del Espíritu para iluminar y renovar el mundo”¹⁷⁹. La evangelización adquiere así un sesgo interdisciplinario e integrador¹⁸⁰, involucrando y vinculando entre sí las distintas ciencias y disciplinas que se estudian en la universidad. No ignoramos el conflicto que puede darse al respecto en el seno de la comunidad universitaria, consecuencia, en gran parte, de la actual fragmentación del saber y de la oposición de los diversos conocimientos y materias presentes en el ámbito intelectual y universitario. Existe la idea difundida de que hay disciplinas incompatibles con el anuncio de la fe y con el hecho mismo de creer. Para superar estos obstáculos, el teólogo peruano Gustavo Sánchez plantea, por analogía, aplicar a la universidad los mismos principios que el papa propone en su exhortación programática para alcanzar el bien social: el tiempo es superior al espacio, la unidad prevalece sobre el conflicto, la realidad es más importante que la idea; el todo, en definitiva, es superior a la parte. Importa más iniciar procesos que poseer espacios. Los límites de lo inmediato no pueden eclipsar la meta. La realidad que nos urge se impone sobre las ideologías que dividen. Importa la unidad del saber, de la verdad, del proyecto común que hace de la universidad un todo, al que no podemos privar, parafraseando a Jungmann, de esa

¹⁷⁷ Francisco, Exh. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 133; Cf. Juan Pablo II, Const. ap. *Ex corde Ecclesiae* (15 agosto 1990), 5, 19-20; G. Sánchez, ‘La tarea evangelizadora de la Universidad en el magisterio del papa Francisco’: *Humanitas* (2018) en <https://cutt.ly/JoybkPf> [1/07/20]. Sobre el significativo papel que ha desempeñado la teología y está llamada a seguir desempeñando en el ámbito universitario, puede cf. la tesis doctoral de C. Declercq, *La enseñanza de la teología en las universidades católicas: contribución a la nueva evangelización*, Madrid 2018.

¹⁷⁸ Francisco, Const. ap. *Veritatis gaudium* (8 diciembre 2017), proem. 4d.

¹⁷⁹ Francisco, Exh. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 132

¹⁸⁰ Cf. Francisco, Exh. ap. *Evangelii gaudium* (24 noviembre 2013), 134.

apertura a la realidad total¹⁸¹.

Discutido es también hasta qué punto el anuncio explícito del Evangelio no contradice el espíritu de diálogo y respeto entre las distintas sensibilidades, confesiones y creencias. Esta cuestión preocupa y afecta de forma expresa al ámbito de la educación en la fe, que, en no pocas ocasiones, se ve relegada o sustituida por alternativas que, en el mejor de los casos, preparan, pero no anuncian. A la hora de discernir es necesario tener presentes dos características propias del diálogo: el reconocimiento y aprecio sincero del otro, y, a la vez, el reconocimiento y aprecio de lo que soy y puedo ofrecer, en mutuo respeto y libertad. El diálogo no se reduce a la búsqueda de un denominador común. Solo podemos recibir del otro, y recibarnos del otro, ofreciéndole, en amor y libertad, sin imposiciones, ni proselitismos, lo más nuestro, esa verdad, acogida en humildad, que jamás se agotará en nuestros esquemas y que te ensancha la vida: Cristo. Por su interna verdad, la fe no debería ser óbice para el encuentro, sino fuente de diálogo¹⁸². No se nutre de la confrontación, sino del encuentro; no de la ideología, sino del amor, que abre siempre horizontes nuevos en los que podemos reconocernos, unirnos y trabajar juntos: la defensa de la dignidad humana, la búsqueda conjunta de la verdad (pues sin esta no hay respeto sincero al otro), de la paz y de la justicia, el cuidado de la casa común y de la fragilidad, la construcción entre todos de una sociedad más humana, solidaria y justa.

Como recuerda la exhortación postsinodal *Christus vivit*, a propósito de la escuela católica como espacio evangelizador de los jóvenes, la conversión pastoral y misionera de nuestras instituciones educativas pasa por tener en cuenta las directrices marcadas por *Veritatis gaudium*: la experiencia del «kerigma» que nos invita contemplar y recuperar, una y otra vez, la novedad y frescura del Evangelio; el diálogo a todos los niveles, no como una mera actitud táctica, sino como una exigencia intrínseca para experimentar comunitariamente la alegría de la verdad y para profundizar su significado y sus implicaciones prácticas; la interdisciplinariedad y la transdisciplinariedad ejercidas en su sentido más fuerte, con sabiduría y creatividad; el fomento de la cultura del encuentro, la aventura siempre nueva de crear redes y de trabajar en red, la opción por los últimos¹⁸³.

¹⁸¹ Cf. G. Sánchez, 'La tarea evangelizadora de la Universidad...'.
¹⁸² Cf. O. González de Cardedal, *Educación y educadores...*, 94.
¹⁸³ Cf. Francisco, Exh. ap. post. *Christus vivit* (25 marzo 2019), 222.

Al final, la alegría de ser, de amar y de adorar confluyen. Las tres se implican y explican recíprocamente. La revolución cultural que nuestro mundo necesita pasa por una educación competente y fecunda en humanidad, generadora de fraternidad. Quizá educar, y educar desde nuestra identidad católica, desde este paradigma del ser humano que nace y brota de Cristo, Humanidad nueva, no sea otra cosa que el arte paciente, que brota del amor, como una verdadera diaconía, de favorecer encuentros, lentamente, despacio, con uno mismo, con ese «tú» que no deja de interpelarme, con la vida, con la realidad que gime en el parto de un mundo nuevo, más justo, fraterno y humano, con Dios. Con mayúscula y minúscula, la trascendencia hunde de esta manera sus raíces en el ser y en el ejercicio mismo de la educación. Está en el origen y en su razón de ser, configura el camino, marca la meta. El proceso es lento, artesanal, pues no es fácil liberarnos de la autorreferencialidad. “¿Qué hay que hacer? – dijo el principito. – hay que ser muy paciente – respondió el zorro -. Te sentarás al principio un poco lejos de mí, así en la hierba. Te miraré de reojo y no dirás nada (...) Pero, cada día, podrás sentarte un poco más cerca...”¹⁸⁴.

¹⁸⁴ A. de Saint-Exupéry, *El Principito*, 83-84.